





PLAUTO

# ANFITRIÓN

*Introducción, guía didáctica,  
y traducción de*

MARÍA DEL ÁNGEL MAESO RUBIO

© M<sup>a</sup>. del Ángel Maeso Rubio

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 978-84-693-7391-0

Depósito Legal: S. 1.618-2010

Impreso en España

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

*A mis ahijados:*  
*Miguel Ángel Maeso Cerrejón, in memoriam.*  
*Marina Rísquez Sainz.*  
*Adrián Moreno Maeso.*



## ÍNDICE

Introducción .....	9
Guía Didáctica.....	23
<i>Anfitrión</i> .....	25





## INTRODUCCIÓN

**Vida.** Tenemos pocas noticias y poco fiables de la vida de T. Maccius Plautus, el reconocido comediógrafo latino. De origen libre, nació en Sársina, ciudad umbra. Ganó dinero trabajando en Roma en el teatro y lo perdió al dedicarse a los negocios. Hubo de volver a Roma y allí tuvo que trabajar dando vueltas a la rueda de un molino. En esta época escribió *Saturio* y *Addictus* y otra comedia cuyo nombre se desconoce. Más tarde triunfó en la escena y gozó del favor del público hasta su muerte en 184 a. C., durante la censura de Catón, según nos cuenta Cicerón. También a partir de un texto de Cicerón se calcula la fecha aproximada de su nacimiento, 250 a. C. Aulo Gelio nos transmite que la época de mayor esplendor de nuestro autor es no mucho después de comenzada la Segunda Guerra Púnica (219 a. C.).

**La transmisión textual de la obra de Plauto.** Aulo Gelio adjudica a Plauto 130 obras. Varrón las clasifica de manera definitiva y las 21 que él elige como auténticas (*fabulae Varroniana*) son las que han llegado hasta nosotros. También se conservan fragmentos de más de treinta comedias atribuidas al autor.

Sólo conservamos didascalias (noticias sobre fecha y ocasión de la representación, actores, músicos, etc.) para *Stichus* y para *Pseudolus*.

Las comedias de Plauto se siguieron representando después de su época, lo que dio lugar a retoques en el texto. También se nos han transmitido prólogos de dudosa autenticidad y los argumentos en verso, acrósticos en su gran mayoría. Estas incidencias han supuesto trabajo para los filólogos.

El ejemplar más valioso de Plauto es el palimpsesto Ambrosiano de Milán, no descubierto hasta 1815. Por diversas razones, sólo se conserva un tercio aproximado del texto.

Los demás manuscritos, llamados palatinos por proceder de la Biblioteca Palatina de Heidelberg, derivan de un arquetipo en mayúscula de la Antigüedad. Todos ellos tienen la misma estructura y aparecen en la Edad Media repartidos en dos volúmenes de ocho y doce piezas cada uno, de los cuales durante algún tiempo sólo el primero era conocido.

La *editio princeps* de Plauto es obra de G. Merula, Venecia, 1472. En 1500 la edición de G. B. Pius fijó la edición en actos y escenas. En 1552, en Basilea, J. Camerarius publicó una edición completa a la que siguieron otras. Hoy en día se considera la edición crítica de W. M. Lindsay, Oxford, 1904 el texto estándar de las comedias de Plauto. En 1932-40 aparece la edición crítica con traducción francesa de A. Ernout.

**Cronología.** El orden de las comedias de Plauto es alfabético, por tanto es difícil establecer para ellas una cronología relativa. A partir de las didascalias del manuscrito Ambrosiano que datan el *Stichus* (200) y el *Pseudolus* (191) se establecen criterios de datación y luego otros de tipo histórico, no referidos de forma segura a un determinado acontecimiento e interpretados de formas distintas y hasta contradictorias por los distintos críticos. También se establecen criterios de clasificación de tipo literario, que se centran en el uso más o menos amplio de *cantica*, considerándose más antiguas aquellas en las que no aparecen y más modernas aquellas en las que el uso de las partes líricas es más profuso.

**Los originales griegos.** Las comedias latinas son versiones más o menos libres de obras griegas de la llamada Comedia Nueva y en varias de las piezas de Plauto se nos dice explícitamente en el prólogo el autor, a veces también el título, del original griego utilizado. No se han conservado los modelos griegos usados por los poetas latinos por lo tanto no se sabe cuál es el original utilizado, si las versiones son serviles o libres, si el autor ha “contaminado” originales griegos diversos, aunque alguna comparación que ha sido posible deja ver una gran libertad del poeta latino frente a su supuesto modelo griego. Hablamos, por tanto, de los elementos plautinos en Plauto, terreno que se presta mucho a la fantasía, aunque puede comprobarse su veracidad si lo comparamos con Terencio, ambos poetas han elaborado más o menos los mismos originales griegos y puede compro-

barse que las piezas terencianas son descoloridas y aburridas y las de Plauto, en cambio, siguen aún hoy teniendo un gran éxito, del que sólo él es responsable.

**Algunas características de la Comedia y el Teatro en Roma.** Las comedias de los poetas antiguos no tenían argumentos ficticios como en la actualidad, sino que relataban las actividades reales de los contemporáneos, designados muchas veces por su mismo nombre. Todos procuraban no incurrir en culpa para no servir de burla a los demás y no perder su buen nombre en la patria. Esto no evitaba totalmente la crítica destructiva por parte de los poetas hasta el punto de que hubo de promulgarse una ley que prohibía componer versos difamatorios contra una persona determinada.

De aquí tomó su origen la sátira como género poético que trataba también de los vicios de los contemporáneos en forma dura pero sin hacer mención de nombres personales, cosa que trajo problemas a los autores ya que los personajes importantes se veían reflejados en ellas. Los poetas fueron abandonando la sátira y crearon la *comedia nueva* que trataba sobre lo que sucedía a la gente corriente, proporcionando mucha diversión al pueblo, resultando ser agradable para ellos, conforme a la realidad, provechosa por su contenido y conforme a las reglas del arte.

Los dos autores más destacados de la Comedia Nueva son Menandro y Terencio. La Comedia Antigua estaba constituida al principio por el coro, luego el

número de personajes fue aumentando hasta tener cinco actos. Cuando el coro fue desapareciendo se llegó a la Comedia Nueva, en la que ni siquiera aparecía en los intermedios ya que el público se aburría y se levantaba al pasar de la dramatización a las partes cantadas. Posteriormente desaparecieron las pausas y eso hace difícil, en la actualidad, la separación en actos de las comedias.

Los prólogos de los griegos son distintos de los de los latinos. Salvo Terencio, todos los autores utilizan la figura de los dioses *ex machina* para dar cuenta de los argumentos. Terencio utiliza para este fin los personajes protáticos.

También este autor ha observado mejor que ningún otro los preceptos de los personajes en cuanto a su forma de presentación, su edad, su función y el orden del grado de participación en la acción. Supo mantenerse en los límites de la comedia y no sobrepasarse de modo que pudiera resultar una tragedia, cosa que no logró Plauto, Afranio u otros grandes comediógrafos. Tampoco hace uso de párrafos crípticos ni recurre a la historia, cosa que hace Plauto y por eso resulta oscuro en muchos pasajes. Otra diferencia entre ambos autores es que Terencio nunca hace actuar a cuatro actores a la vez, de modo que, a veces, es difícil distinguirlos. Éstos nunca se dirigen directamente al público.

Después de la Comedia Nueva los latinos crearon otros muchos géneros, como la llamada *fabula togata*, por ser la escena, el escenario y el argumento latinos; la

*fabula praetexta*, por la dignidad de los personajes trágicos tomados de la historia romana; las atelanas, de la Ciudad de Campania de donde son originarias; las sintónicas llamadas así del nombre de su autor; las tabernarias por el bajo nivel de su argumento y su estilo; los mimos que no consisten más que en una imitación de cosas de muy poca importancia y de personajes de baja categoría.

La tragedia y la comedia tienen muchas diferencias. La comedia trata de las personas corrientes, los conflictos no son importantes y siempre tienen un final feliz. Los personajes de la tragedia son conocidos y de categoría, hay grandes peligros y el desenlace es fatal.

En la comedia la complicación se presenta al principio, al final se soluciona todo, en la tragedia resulta lo contrario, tiene que ver con la muerte, mientras que la comedia con la vida. En la comedia los argumentos son ficticios, en la tragedia, históricos.

Livio Andrónico fue el primer autor dramático latino y él mismo era el actor de sus obras. Las comedias pueden ser movidas, donde la acción es muy inquieta, tranquilas, donde es más sosegada y mixtas, que tienen de las dos cosas.

Se suelen dividir en cuatro partes: prólogo, que es una especie de introducción al drama y sólo debe contener el argumento y alguna información para el público sobre el autor, la obra misma o los actores; la prótasis que es el primer acto y el comienzo del drama; la epís-

tasis contiene el incremento y el desarrollo de las complicaciones y el nudo de toda la peripecia y el desenlace que lo hace volver todo a un final feliz.

Los títulos de las comedias se toman del nombre de un personaje, de un lugar o un hecho. En la mayoría de los dramas se ponía antes el nombre de la obra que el del autor, en algunos al revés, según la antigüedad de la obra. Si se trataba de la primera obra de un autor, se decía antes el nombre del drama que el del poeta, no fuera que, a causa de las rivalidades, se le quitaran las ganas de seguir escribiendo. En cambio, si se trataba de un autor consagrado, se decía primero el nombre para ganarse la atención del público por su fama.

En las comedias se enumeraban los festivales en los que habían sido representadas ya que existían cuatro clases de juegos organizados por los ediles curules con la subvención del Estado: los Megalenses, en honor de los dioses magnos, los fúnebres, los plebeyos y los Apolinares, consagrados a Apolo

Los ancianos aparecen en las comedias vestidos de blanco, según la tradición, los jóvenes llevan ropas de colores. Los esclavos visten de manera sencilla, bien por la pobreza o para facilitarles el movimiento en el escenario. Los parásitos van envueltos en una capa. A los personajes que están felices se les viste de blanco, a los que les va mal llevan un vestido viejo; los ricos van de púrpura, los pobres de escarlata. Los militares llevan una clámide purpúrea, las jóvenes visten de manera exótica,

los rufianes se envuelven en una capa de colores, las cortesanas visten un mantón de color azafrán.

En la escena se pone también un telón, una especie de tapiz, traído a Roma de la corte del rey Átalo de Pérgamo, que nombró heredero al pueblo romano en su testamento. Posteriormente se utilizó el llamado *siparium*, que es un telón para los mimos, que se pone ante el público cuando cambia la escena.

Las partes habladas las recitaban los actores, las partes cantadas iban acompañadas por la música, que no era obra del comediógrafo, sino de un compositor cuyo nombre se ponía al principio de las comedias, después del autor y del primer actor.

Las piezas se representaban con acompañamiento de flauta, se utilizaban las flautas simétricas, diestras o siniestras y flautas disimétricas. Las diestras tenían un tono grave y eso quería decir que la obra que se iba a representar era seria. En cambio las siniestras, de tono agudo, daban a entender que se trataba de una comedia divertida. Si sonaban las dos al mismo tiempo, se daba a entender que en la obra había cosas serias y divertidas.

Todos estos datos los conocemos por el *Comentario* de Donato.

Las representaciones escénicas se llevaban a cabo en construcciones provisionales y de madera hasta el 55 a. C. en que fue erigido en piedra el teatro de Pompeyo en Roma.



Según nos cuenta Vitrubio los escenarios eran bastante alargados para facilitar la acción, que se desarrollaba en la calle. En el fondo de la escena se veían tres casas (correspondientes a las tres puertas del palacio en la tragedia griega) o también dos casas y un templo y además había un altar, al que se hace referencia frecuentemente en los textos plautinos. La derecha del espectador conducía al centro de la ciudad, la izquierda al puerto y a la lejanía. Las representaciones tenían lugar desde por la mañana y terminaban antes de la cena. Los actores eran esclavos y, posteriormente, libertos. No se tiene la certeza de que el número de actores fuera superior al de las obras griegas, pero en Roma un solo actor podía representar más de un papel. Los papeles femeninos eran representados por hombres, sólo en época tardía encontramos también actrices en escena y ya en los mimos desde tiempos de Cicerón. El *dominus gregis*, director de la compañía, a veces trabajaba también como actor y compraba las comedias al autor. Al terminar la representación, se convidaba a los actores.

**Temas y tipos de la comedia latina.** En la comedia latina se repiten los tipos y los elementos temáticos de la Comedia Nueva griega.

Siempre aparece de nuevo el joven enamorado, indeciso, tímido y romántico, que, al no poseer dinero para liberar a su amada, le pide ayuda a un amigo, que normalmente termina haciéndole una jugarreta. El

esclavo, fiel a su amo sobre todas las cosas, que está dispuesto a todo con tal de sacarlo de apuros. El *senex*, padre del joven que, si es severo y avaro, se convierte en víctima de las artimañas del esclavo. Estas escenas son obras maestras de comicidad en la obra plautina. El padre puede presentar otro aspecto, el de comprensivo y bonachón capaz de comprender los errores de su hijo. También aparece el viejo verde, capaz de rivalizar con su propio hijo y, a su lado, la esposa insupportable, mandona, altiva y entrometida. Pero también nos podemos encontrar ante una matrona noble, bondadosa y comprensiva. El mejor lugar suele ser el que ocupa la joven bella y enamorada (cuya voz se oía, como mucho, al otro lado del escenario, ya que en escena sólo aparecían cortesanas y matronas). Generalmente son chicas de buena posición que se ven abocadas al oficio de cortesanas gracias a la trampa que les tiende algún rufián para aprovecharse de ellas. Generalmente vuelven a recuperar su posición perdida. También aparecen en escena las cortesanas de verdad, seductoras e irresistibles pero descaradas y farsantes.

Las alcahuetas, aprovechadas, astutas y con los pies en la tierra pero a veces maternales para con sus recogidas. Con ellas se las tienen que ver los galanes. La vieja esclava, que es la que dirige la casa, mandona y fiel. El militar fanfarrón, el rufián, el parásito, una figura de difícil comprensión en los tiempos que corren, pero extraordinariamente cómica.

Todos estos personajes aparecen en la obra del gran comediógrafo latino para hacer reír al público, con un don único de sentido del humor.

**La lengua.** Cicerón alaba en boca de Craso la sencillez y autenticidad de la lengua de las generaciones pasadas, las que conservan, sobre todo las mujeres, por no tener contacto con la masa. Podemos deducir, por tanto, que ya la generación de Cicerón percibía una diferencia de su idioma frente al de la época de Plauto, visible sobre todo en el plano fonético y morfológico. Si comparamos el léxico, la sintaxis y la forma de constitución del texto no hay que olvidar la cuestión de los géneros literarios. Las comedias tienen un léxico y unas construcciones características que se centran en el lenguaje coloquial. Las diferencias entre la lengua de Plauto y la de Cicerón son atribuibles a causas no sólo cronológicas. No es que Plauto discorra de una forma “arcaica”, es que domina todos los recursos de su idioma y compone diálogos de una viveza y una veracidad perfectas que se adecuan de manera ideal a los personajes y que se enmarcan en un lenguaje poético literario caracterizado por las aliteraciones, asonancias, pleonasmos, figuras etimológicas, juegos de palabras, por tanto, encontraríamos mejores calificativos para definir este lenguaje como “primitivo” o “popular”.

**La métrica.** Las comedias plautinas eran piezas musicales comparables a nuestras operetas o zarzuelas. Junto a series de metro uniforme en senarios yámbicos

había recitativos al son de un instrumento y también *cantica* y arias, se piensa que fueron un influjo de la tradición itálica preliteraria.

Los eruditos han querido ver en su polimetría un motivo específico, lo que ha dado lugar a numerosos estudios sobre el tema para aclarar el porqué del uso por parte del poeta de uno u otro metro.

La métrica es uno de los puntos más oscuros de la filología plautina y la causa de que a veces los propios filólogos fuercen los textos. No hay seguridad sobre las leyes prosódicas ni sobre las métricas. Los versos de metro uniforme ofrecen menos problemas que los cánticos polimétricos.

**Anfitrión.** El *Anfitrión* es la única comedia de Plauto de asunto mitológico, la leyenda del ciclo tebano sobre el nacimiento de Hércules y las circunstancias que le preceden. Al aparecer dioses en la obra se la designa en el prólogo como “tragicomedia”, por tanto encontramos personajes tipo de tragedia como Alcmena, la esclava Bromia y Anfitrión en parte. Aunque los dos dioses que aparecen no son tipos de comedia, la moralidad del comportamiento de Júpiter es bastante reprobable y Mercurio es un pícaro que ayuda a su padre en lo indecoroso de sus actos. Sólo Sosias se atiene al verdadero tipo de personaje cómico plautino, fiel a su amo, consciente de la mala suerte de su condición pero dispuesto a llevarla con humor y optimismo.

No se conoce el modelo griego en el que se haya podido inspirar Plauto para esta obra. Sófocles escribió un *Anfitrión* del que sólo se conservan fragmentos y que podría haber servido de modelo a la tragedia del mismo nombre de Accio, de la que también se conservan sólo fragmentos. El propio Plauto menciona en *Rudens* 96 la *Alcmena* de Eurípides.

*Anfitrión* es una pieza rica en partes cantadas (el monólogo de Sosias, vv. 153-59; su descripción de la batalla de los teléboas, vv. 203-62; el monólogo de Alcmena, vv. 633-53, y el cántico de Bromia, vv. 1053-85)

La fecha de la obra es desconocida. Es una de las más conocidas de Plauto y objeto de traducciones e imitaciones en lenguas modernas.



## GUÍA DIDÁCTICA

1. Haz una lectura atenta de la introducción y la comedia de Plauto.
2. Encuentra en este enlace el mito del nacimiento de Heracles y establece diferencias y similitudes con la comedia de Plauto: Busca **[LIBRO]** Los mitos griegos [PDF] de [librosgratisweb.com](http://librosgratisweb.com)R Graves - 2007 - [books.google.com](http://books.google.com)
3. Analiza el paso de la Comedia Antigua a la Comedia Nueva.
4. Enumera, a partir de la introducción, las diferencias entre tragedia y comedia.
5. Partes en las que se divide la comedia.
6. Amplía la información que se da en la introducción sobre la caracterización de los personajes en la comedia plautina.
7. Investiga la evolución semántica del nombre del esclavo, Sosias.
8. Abrid un debate sobre la sospecha de adulterio y las reacciones de ambos personajes ¿Cómo se comportaría hoy en día una pareja ante una situación similar?

9. Elegid una escena de la obra donde se mezclen la tragedia y la comedia y representadla en clase.
10. Elaborad por grupos varias presentaciones en Power Point para que, entre todas, completen la historia de Hércules.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- T. Maccius Plautus (1992). *Comedias (Anfitrión)*. Madrid: Gredos. 1-49. Henry Thomas Riley, 1912.
- [www.lib.uchicago.edu/efts/.../lewisandshort.html](http://www.lib.uchicago.edu/efts/.../lewisandshort.html)



PLAUTO

ANFITRIÓN



## **PERSONAJES**

MERCURIO, dios.

SOSIAS, esclavo de Anfitrión.

JÚPITER, dios.

ALCMENA, esposa de Anfitrión.

ANFITRIÓN, general de los tebanos.

BLEFARÓN, piloto.

BROMIA, esclava de Anfitrión.

La acción transcurre en Tebas.

**ARGUMENTO I**

Júpiter, adoptando la apariencia de Anfitrión, tomó a su esposa Alcmena para utilizarla a su antojo, mientras él llevaba a cabo la guerra contra sus enemigos los teléboas.

Mercurio adopta la imagen de Sosias, el esclavo ausente: engañan a Alcmena con estos artificios. Al llegar los verdaderos Anfitrión y Sosias, se burlan de uno y otro de una manera asombrosa. A partir de aquí surge la pelea y el escándalo entre marido y mujer hasta que Júpiter, enviando su voz desde el cielo con un trueno, confiesa que él es el adúltero.

**ARGUMENTO II**

Júpiter, cautivo de su amor hacia Alcmena, se transforma en la imagen de su esposo mientras Anfitrión dirime la guerra por la patria contra los enemigos. Mercurio acude en su ayuda bajo la apariencia de Sosias. Éste último engaña al amo y al esclavo cuando llegan.

Anfitrión le monta un escándalo a su esposa y ambos, a su vez, se acusan de adulterio. Blearón, elegido como árbitro, es incapaz de averiguar cuál de los dos es Anfitrión. Todos se enteran de la trama y Alcmena da a luz a gemelos.

## PRÓLOGO

MERCURIO.- Del mismo modo que vosotros queréis que yo os trate con complacencia en la compra de vuestras mercancías y en las ganancias que obtenéis con vuestras ventas y que os ayude en todos vuestros asuntos; así como también queréis que propicie los negocios e ingresos de todos vosotros tanto en la patria como en el extranjero y que aumente con un considerable enriquecimiento, notable y duradero, los tratos que habéis empezado y los que empezareis y del mismo modo que queréis, además, que os alegre a vosotros y a todos los vuestros con buenas noticias, que os las lleve, que os las anuncie, sobre todo las que van en vuestro beneficio público (pues vosotros ya sabéis muy bien que me ha sido concedido y otorgado por los otros dioses el hacerme cargo de las noticias y las ganancias); así como queréis que yo me esfuerce en favorecer todo esto (que os garantice un lucro permanente) del mismo modo yo, a mi vez, os pido que guardéis silencio ante esta representación y, de este modo, seáis todos aquí testigos equitativos y justos.

Ahora os diré por orden de quién vengo y para qué he venido y, al mismo tiempo, yo mismo os daré mi nombre. Vengo por orden de Júpiter y me llamo Mercurio.

Mi padre me ha enviado a vosotros para pedir os lo siguiente: él sabía que lo que os dijera lo llevaríais a cabo tal y como si fuera una orden, porque comprende que le temáis y le tengáis un temor reverencial, como es justo tratándose de Júpiter, pero, como podéis ver, me ha encargado que os pida esto como un ruego, amablemente, con buenas palabras. Y es que el Júpiter por orden del cual vengo le tiene miedo a un castigo no menos que cualquiera de vosotros. Nacido de madre humana y de padre humano, no es justo extrañarse si tiene miedo; y yo, pues también, que soy el hijo de Júpiter, tengo miedo al castigo por contagio de mi padre, por eso vengo en son de paz y a traeros la paz a vosotros: Quiero rogaros una cosa sencilla y justa pues he sido designado como demandante justo de cosas justas a personas justas, ya que no es decoroso pedir cosas injustas a los justos, por el contrario, pedir cosas justas a los injustos es falta de sentido común pues los injustos desconocen el derecho y no se atienen a él.

Y ahora ya prestad todos atención aquí a lo que voy a decir. Debéis mostrar buena disposición con respecto a lo que queremos, lo merecemos tanto mi padre como yo, de vosotros y del Estado, pues podría yo recordar algunas cosas —como he visto hacer a otros en las tragedias, a Neptuno sin ir más lejos, al Valor, a la Victoria, a Marte o a Belona, que recuerdan las bondades que os han otorgado— ¿con qué beneficios os ha distinguido mi padre, rey de los dioses, eh? Pero nunca tuvo

este padre mío la costumbre de echar en cara el bien que le hacía a las buenas personas. Él piensa que se lo agradecéis y que merecéis los favores que os hace.

Ahora, en primer lugar, os expondré aquello que he venido aquí a pedir, después os contaré el argumento de esta tragedia. ¿Qué, que habéis fruncido el entrecejo porque he dicho que será una tragedia? Bueno, soy un dios, la cambiaré. Esta misma, si queréis, la transformaré de tragedia en comedia de modo que se quede con todos sus mismos versos ¿queréis que sea así, sí o no? Pero ¡no puedo ser más tonto! Como si no supiera lo que queréis, yo que soy un dios. Ya sé cuál es vuestra preferencia sobre este asunto, haré que sea una cosa mixta, una tragicomedia. Pues hacer que sea siempre una comedia una obra en la que aparecen reyes y dioses no me parece decoroso y ¿qué hago entonces? porque aquí tiene también un papel un esclavo. Haré que sea, como he dicho antes, una tragicomedia.

Ahora Júpiter me ordena que acudan inspectores a los espectadores, por toda la cávea y silla por silla y que si vieran aplaudidores encargados de favorecer a un actor en particular que a éstos les sean arrebatadas las togas en la propia cávea como prenda o que si algunos van pidiendo la palma<sup>1</sup> para los actores o si alguien ha ido buscando votos para algún artista, ya sea por escri-

---

<sup>1</sup> La palma se otorgaba como premio a los mejores actores.

to, ya él en persona o a través de un intermediario o si los ediles<sup>2</sup> se atrevieran a otorgarla con trampa a alguno en particular, Júpiter ha ordenado que la ley que se aplique sea la misma que si se hiciese campaña para conseguir una magistratura para uno mismo o para otro. Ha dicho que vosotros permanecéis victoriosos gracias a vuestro valor, no a la ambición o al engaño ¿Por qué tiene que servir menos la misma ley a un actor que a un hombre de alto rango? Hay que hacer campaña mediante el valor, no mediante aplaudidores. Bastantes aplaudidores tiene el que obra siempre con rectitud, si son dignos de confianza aquellos en cuya mano está la decisión de otorgar el premio.

Sin embargo, mi padre, entre sus encargos, también me ha dado éste: que haya también inspectores para los actores, si alguno hubiese enviado encargados de aplaudirle o de hacer de menos al actor que gustara, que les hagan pedazos sus disfraces y su pellejo.

No quiero que os extrañéis porque Júpiter ahora se preocupe de los actores; no os asombréis, él en persona va a actuar en esta comedia ¿Y eso? ¿Os extrañáis? ¡Cómo si se revelara ahora como algo nuevo que Júpiter representa personajes! Por otra parte, cuando los actores lo invocaron aquí en la escena el año pasado, él vino y los ayudó. Además, ciertamente aparece en las tragedias.

---

<sup>2</sup> Los ediles eran los magistrados encargados de designar a los destinatarios del premio.



Esta historia, digo, la va a representar hoy aquí Júpiter en persona y yo junto a él. Ahora vosotros prestad atención mientras os declamo<sup>3</sup> el argumento de esta comedia.

Esta ciudad es Tebas, en esta casa vive Anfitrión, nacido en Argos, como su padre, está casado con Alcmena, hija de Electrión. Este Anfitrión del que os hablo es ahora prefecto<sup>4</sup> de las legiones, pues el pueblo tebano está en guerra con los teléboas. Éste mismo, antes de irse de aquí al ejército, dejó embarazada a su esposa Alcmena. Y, como yo creo que vosotros ya sabéis cómo es mi padre, qué poco se contiene en muchas cuestiones de esta índole y qué amante tan apasionado es cuando le ha echado el ojo a alguien... pues nada, que empezó a enamorar a Alcmena a espaldas de su marido e hizo uso de su cuerpo y como consecuencia de esta unión, la dejó embarazada.

Ahora, para que tengáis clara la situación de Alcmena, ella está embarazada de los dos, de su marido y también del gran Júpiter y mi padre está acostado con ella ahora ahí dentro y por eso ha hecho que la noche sea más larga mientras disfruta a placer con la mujer a la que desea, pero se ha transformado de modo que es como Anfitrión. Ahora, para que no os extrañéis de

---

<sup>3</sup> El verbo que se usa en latín es *eloquor*, se utiliza para expresar lo que hace el orador: hablar en público utilizando los recursos que ofrece la retórica. Mercurio, como dios que es, no se va a limitar a contar el argumento, lo va a “declamar”, como haría un buen orador.

<sup>4</sup> El cargo de *praefectus* es equivalente al de comandante del ejército en nuestros tiempos.

esta indumentaria mía, de por qué he venido aquí así, con pintas de esclavo, os ofreceré como nueva una antigua y ancestral historia, por eso he venido a vuestro encuentro vestido de un modo novedoso. He aquí pues que mi padre está ahora ahí dentro, ha cambiado su apariencia por la de Anfitrión y todos los esclavos que lo ven piensan que es él, de tal modo cambia su aspecto cuando le da la gana. Yo he adoptado la imagen del esclavo Sosias, que se ha ido de aquí con Anfitrión al frente, para poder servir a los amoríos de mi padre y, de este modo, los de la casa no pregunten quién soy cuando me vean dar vueltas constantemente de aquí para allá. Ahora, como creen que soy un esclavo y compañero suyo, ninguno pregunta quién soy o a qué he venido.

Mi padre ahora, ahí dentro, hace lo que hace a su antojo, está acostado abrazado al cuerpo de la que más desea; a ella, a Alcmena, le cuenta mi padre las hazañas acontecidas en la guerra. Ella piensa que él es su marido y está con un adúltero. Allí, en este momento, él le está enumerando las legiones de enemigos que ha puesto en fuga, de qué modo ha sido agasajado con innumerables regalos. Nosotros le hemos robado a Anfitrión los regalos que ha recibido: mi padre hace con facilidad lo que quiere. Hoy llegará del frente Anfitrión con el esclavo cuya imagen llevo yo en este momento. Ahora, para que nos podáis distinguir más fácilmente, yo llevaré estas plumitas aquí, en el sombrero y mi padre, por su parte, tendrá un mechón de

oro por debajo del suyo. Anfitrión no llevará esta señal. Ninguno de los de esta casa podrá ver estas señales, pero vosotros sí los veréis.... Eh, aquél es Sosias, el esclavo de Anfitrión; viene ahora de allí, del puerto, con su farol. Ya me lo quitaré yo de en medio en cuanto se acerque a la casa. Atended: va a merecer la pena para los que estáis aquí como espectadores ver a Júpiter y a Mercurio ejercer el oficio de actores.



## ACTO I

### ESCENA I

*(Sosias, Mercurio)*

SOSIAS.- ¿Qué otro hombre es más audaz o más confiado que yo que, conociendo las costumbres de la juventud, ando por aquí solitario a estas horas de la noche? ¿Qué haría yo ahora si los triunviros<sup>5</sup> me encerraran en la cárcel? Me sacarían de allí mañana para molerme a palos como si fuera un trozo de carne que sacan de la despensa y ni me permitirían defenderme, ni encontraría ninguna ayuda en mi amo y no habría nadie que... vamos, que todos pensarían que me merezco que me pase algo malo y me machacarían a golpes como a un yunque ocho fortachones, a mí, pobre desgraciado. Con esta hospitalidad sería recibido al volver del extranjero por cuenta del Estado. Me ha obligado a esto la conducta licenciosa de mi amo, que me ha echado a la fuerza del puerto a estas horas de la noche ¿es que no le daba igual enviarme aquí con la luz del día? Así de duro es

---

<sup>5</sup> Triunviros nocturnos: Magistrados que velaban por la policía de Roma durante la noche.

ser esclavo de un hombre rico, hasta tal punto es más desgraciado el esclavo de un rico. No sólo por las noches, sino también durante el día, constantemente, tienes tarea bastante y más que bastante que hacer o que decir para que no puedas estar quieto ni un momento. El amo que por su condición de rico es experto, como todos sabemos, en faena y trabajo, considera que puede hacerse cualquier cosa que le venga libremente a un hombre a la imaginación. Piensa que es razonable y no se para a reflexionar en el trabajo que cuesta (y no se va a parar a pensar si lo que ordena es razonable o no); así pues, en la esclavitud caen sobre ti muchas injusticias: esta carga hay que soportarla y llevarla con esfuerzo.

MERCURIO.- (*Aparte*) Es más justo que me queje yo de esa manera de la esclavitud; al que hoy mismo era libre mi padre lo ha convertido ahora en un esclavo ¡Y protesta éste, que es esclavo de nacimiento!

SOSIAS.- De verdad que soy un esclavo sinvergüenza ¿He tenido en la cabeza acaso, en el momento adecuado, dar gracias a los dioses por los favores recibidos y dedicarles una oración al llegar? Por Pólux que si tienen interés en devolverme el favor conforme a mi mérito ¿cómo no van a mandar a otro hombre con el encargo de partirme la cara, como me merezco, en cuanto llegue porque no he agradecido y he menospreciado las cosas buenas que han hecho por mi!

MERCURIO.- (*Aparte*) Este está haciendo lo que el común de los mortales no suele hacer: reconocer lo que se merece.

SOSIAS.- Lo que yo nunca hubiera imaginado y lo que ningún otro ciudadano hubiera pensado que le sucedería, o sea alcanzar la patria sano y salvo: eso ha sucedido. Vencidos los enemigos, las legiones vuelven vencedoras al hogar tras poner fin a la mayor de las guerras y aniquilar a los enemigos; la ciudad que tantos amargos funerales ha arrojado contra el pueblo tebano, ésa misma ha sido tomada al asalto y vencida por la fuerza y el valor de los soldados y, sobre todo, por el criterio y los buenos auspicios de mi amo Anfitrión, que ha recompensado a sus conciudadanos con botines, territorios y gloria y ha consolidado el reino para Creón, rey de Tebas. A mí me ha dicho que me adelante desde el puerto a su casa para contarle todo esto a su esposa, cómo ha llevado a cabo la empresa con su dirección, su mando y sus auspicios. Ahora tendré que pensar cómo se lo digo cuando llegue allí. Si digo mentiras, haré lo que estoy acostumbrado a hacer, pues, a decir verdad cuanto más empeño ponían los soldados en luchar, más empeño ponía yo entonces en huir. No obstante haré como si hubiera estado presente y contaré lo que he oído. Pero antes yo aquí sólo conmigo mismo quiero meditar cómo y con qué palabras me convendría narrarlo. Lo diré así:

Al principio cuando llegamos allí, tan pronto como tocamos tierra, al punto Anfitrión deposita su confianza en los hombres más importantes de entre los principales, los nombra embajadores y les encarga que transmitan a los teléboas su última palabra: que si están dispuestos a entregar lo que robaron y a los que lo robaron sin utilizar la violencia y sin provocar la guerra, si devuelven lo que se llevaron, que él, al momento, hará volver al ejército a su patria, que los argivos abandonarán su territorio y que les proporcionará paz y despreocupación; si, por el contrario, tienen otras intenciones y no dan lo que se les pide, asaltará la ciudad con la mayor violencia y el mayor número de hombres.

Cuando los embajadores que Anfitrión había enviado por delante repitieron una por una estas cosas a los teléboas, estos hombres briosos, confiados en su valentía y sus fuerzas, increpan a nuestros legados de una forma tremendamente soberbia. Responden que ellos pueden protegerse a sí mismos y a los suyos mediante la guerra y que, por lo tanto, se apresuraran a marcharse y a sacar sus ejércitos de sus fronteras. Cuando los embajadores trajeron estas noticias, Anfitrión, sobre la marcha, saca a todo el ejército del campamento. Los teléboas, por su parte, hacen salir sus legiones de la fortaleza, provistas de unas armas magníficas en demasía. Después que salen de una y otra parte con el mayor número de tropas, se distribuyen los hombres, se forman las filas, nosotros instruimos a



nuestras legiones a nuestra manera y según nuestra costumbre, también los enemigos, por su parte, alinean sus legiones. Después, los dos generales se dirigen al centro fuera de la multitud de las filas, hablan el uno con el otro y llegan al acuerdo de que el bando que salga vencido en el combate entregue al vencedor la ciudad, los campos, los altares, los hogares y a sí mismos. Hecho esto, suenan las trompetas enfrentadas, resuena la tierra, unos y otros levantan un griterío. Ambos generales, el suyo y el nuestro, honran a Júpiter y arregan a sus ejércitos. Entonces cada uno entrega por su parte lo que puede y aquello de lo que es capaz, golpea con la espada, despedazan los dardos, gime el cielo con el fragor de los hombres. Se condensa una nube a partir del aliento y el jadeo, desfallecen los hombres por la gravedad de las heridas. Finalmente, cuando lo decidimos, nuestro ejército se vuelve superior: los enemigos caen como moscas, los nuestros, por el contrario, se abalanzan sobre ellos, vencemos a los que se vanagloriaban de su fuerza. En cambio, nadie se da la vuelta para escapar, ni retrocede un paso, siguen luchando a pie firme, dejan marchar su alma antes que huir de su puesto. Mueren donde estaban situados y así guardan la fila. Cuando mi amo Anfitrión se da cuenta de esto, sobre la marcha ordena a la caballería introducirse por la derecha, los jinetes obedecen solícitos. Con un enorme griterío se lanzan por la derecha en un enérgico ataque, destrozan y pisotean las tropas de los enemigos, que despreciaron la ley.

MERCURIO.- (*Aparte*) A fe que, hasta ahora, en ningún momento nada de lo que ha dicho ha faltado a la verdad, pues yo estuve presente allí y mi padre también, cuando tuvo lugar la contienda.

SOSIAS.- Los enemigos están inmersos en la fuga, de lo que el ánimo de los nuestros se revitaliza. Al darse la vuelta los teléboas, sus cuerpos se llenaban de dardos y el propio Anfitrión le arranca la cabeza al rey Ptérelas con sus propias manos. La lucha se desarrolla allí de esa manera desde la mañana hasta la puesta de sol (me acuerdo tan bien de esto porque durante todo aquel día estuve sin comer). Sin embargo, finalmente, la noche dirimió el combate con su aparición. Al día siguiente acuden a nosotros, de la ciudad a los campamentos, las gentes más importantes en un mar de lágrimas. Portando en sus manos ramas de olivo enlazadas con cintas, al modo de los suplicantes, nos imploran que les perdonemos su error. Se entregan ellos, todas sus cosas, las divinas y las humanas, su ciudad, sus hijos, todos juntos al pueblo tebano, a su soberanía y a su juicio. Después le regalan una copa de oro a mi amo Anfitrión por su valor, en la cual solía beber el rey Ptérelas. Así se lo contaré todo a mi señora. Ahora cumpliré con diligencia la orden de mi amo y me dirigiré a casa.

MERCURIO.- ¡Eh, que ése viene para acá! Le saldré al encuentro y yo a ese hombre hoy no le permitiré ni por un momento que se acerque aquí, a estas puertas. Ya

que tengo su propia imagen, seguro que lo engaño y, puesto que realmente he tomado en mí mismo su apariencia y su posición social, del mismo modo conviene también que me comporte de manera parecida y que siga sus costumbres y así es necesario que sea malo, perspicaz, astuto y que, de esa manera, con sus mismas armas, la malicia, yo lo eche de la puerta. Pero ¿qué pasa aquí? Está mirando el cielo, prestaré atención a lo que hace.

SOSIAS.- ¡Por Pólux! De verdad, si hay algo que crea o que tenga por cierto, me parece a mí que esta noche Nocturno se ha echado a dormir borracho, pues ni la Osa Mayor se mueve a ningún sitio en el cielo ni la Luna se traslada a ninguna parte de donde salió una vez y ni Orión, ni Venus, ni las Pléyades se ponen, así permanecen quietas las constelaciones y de ningún modo la noche deja paso al día.

MERCURIO.- Continúa, Noche, como empezaste, complace a mi padre. Das el mejor servicio, de la mejor manera, al mejor de los dioses y lo que haces te será recompensado generosamente.

SOSIAS.- Y pienso yo que no he visto una noche más larga que ésta, a no ser una que me la pasé entera colgado después de que me molieran a palos. Por Pólux que ésa le ganó con creces en duración a ésta. Me da la impresión, por los dioses, de que el Sol se ha dormido y ha bebido en cantidad. Me extrañaría que no se haya convidado en la cena más de la cuenta.

MERCURIO.- ¿Pero qué dices, granuja? ¿Es que piensas que los dioses se parecen a ti? Ya te cogeré yo, por Pólux, por lo que has dicho y lo que has hecho, carne de horca. Ven aquí si te atreves, que te vas a encontrar una desgracia.

SOSIAS.- ¿Dónde están esos mujeriegos que no quieren dormir solos? Esta noche parece hecha para sacarle buen partido a una puta bien pagada.

MERCURIO.- Ahora mi padre, según las palabras de éste, actúa adecuadamente y con sabiduría, ya que está acostado con Alcmena, abrazado a ella, entregándose al amor y dándole gusto a su deseo.

SOSIAS.- Iré a anunciarle a Alcmena lo que me ha ordenado mi amo. Pero ¿quién es ese hombre que veo ante la puerta a estas horas de la noche? No me gusta.

MERCURIO.- No hay nadie tan miedoso como ése.

SOSIAS.- Se me viene a la cabeza que ese hombre quiere tejerme una capa con el pellejo de mi espalda.

MERCURIO.- Tiene miedo el tipo. Me voy a burlar de él.

SOSIAS.- Estoy perdido, hasta me pican los dientes. Seguro que cuando llegue éste me va a recibir con los puños. Lo que me parece es que se apiada de mí, porque ya que mi amo me ha hecho pasar la noche en vela, éste va a hacer ahora que me duerma a puñetazos. Estoy muerto, ruego a Hércules ¡Qué tipo más grande y más fuerte!

MERCURIO.- Voy a hablar con nitidez para que éste escuche lo que digo y así, al final, tendrá por dentro un miedo mucho más grande. ¡Vamos, puños, que hace ya mucho tiempo que no le dais de comer a mi estómago! Me parece que hace una eternidad de lo que hicisteis: ayer, que dejasteis a cuatro hombres dormidos y en pelotas.

SOSIAS.- Me aterroriza pero que mucho que yo cambie hoy mi nombre y de Sosias me convierta en Quinto; éste afirma que ha puesto a dormir a cuatro tíos y en pelotas. Me temo que yo voy a aumentar esa cantidad.

MERCURIO.- Ea, ya está. Así me gusta.

SOSIAS.- Se prepara: míralo, se está poniendo cómodo.

MERCURIO.- No lo dejaré marchar antes de molerlo a palos.

SOSIAS.- Pero ¿a quién?

MERCURIO.- Cualquiera que se atreva a acercarse aquí, de seguro que se comerá mis puños.

SOSIAS.- ¡Vete por ahí! No me apetece comer a estas horas de la noche, he cenado hace un rato, así que, si eres listo, harás bien en repartir esa cena entre los que tienen hambre.

MERCURIO.- No tiene mal peso este puño.

SOSIAS.- ¡Estoy acabado! ¿Pues no que se pesa los puños?

MERCURIO.- ¿Y qué si le doy de golpes de una vez para que se duerma?

SOSIAS.- Me salvarías pues no he dormido ni un minuto en las tres últimas noches.

MERCURIO.- ¡Esto está fatal! ¡No doy una! Esta mano no es capaz de hacerle mucho daño a una mandíbula. De otra manera tienes que hacérselo a la que elijas para tu puño.

SOSIAS.- Ese hombre me va a sacar brillo y me va a hacer una cara nueva

MERCURIO.- Al que golpees como se merece, tienes que dejarle la cara sin huesos.

SOSIAS.- Raro sería si éste no piensa dejarme sin un hueso como a una morena<sup>6</sup>. ¡A otra parte con éste que deshuesa hombres! ¡Estoy perdido si me echa la vista encima!

MERCURIO.- Afirmaría que huele a desgracia humana.

SOSIAS.- ¿Va a resultar ahora que yo le huelo a éste a algo?

MERCURIO.- Y no debe estar muy lejos, pero ha estado muy lejos de aquí.

SOSIAS.- Ese tipo es adivino.

MERCURIO.- Se me impacientan los puños.

---

<sup>6</sup> Pez parecido a una anguila.

SOSIAS.- Si los vas a ejercitar contra mí, te ruego que los aplaques primero contra la pared.

MERCURIO.- Me ha llegado volando una voz a mis oídos.

SOSIAS.- ¿Tendré mala suerte? ¿Mira que no haberle arrancado las alas a trozos? ¿Pues no que voy por ahí con una voz voladora?

MERCURIO.- Ese hombre viene a que le busque problemas a trote de caballo.

SOSIAS.- Pues, que yo sepa, no tengo caballo.

MERCURIO.- Se merece que lo cargue de puñetazos, pero a base de bien.

SOSIAS.- Estoy agotado de la nave que me ha traído aquí ¡por Hércules! todavía estoy mareado. Apenas me puedo desplazar ligero de equipaje, no vayas a pensar que puedo andar con carga alguna.

MERCURIO.- Pero es seguro que aquí habla no sé quién.

SOSIAS.- Estoy a salvo, no me ve. Dice que “no sé quien” habla y yo me llamo Sosias.

MERCURIO.- En efecto, por aquí, por la derecha, una voz golpea mis oídos.

SOSIAS.- A ver si éste me va a dar hoy una paliza a cambio de la voz que le golpea los oídos.

MERCURIO.- He aquí que se acerca para mi fortuna.

SOSIAS.- Estoy muerto de miedo, rígido como una piedra de la cabeza a los pies y por Pólux que ahora mismo no sé ni en qué lugar de la tierra puedo estar. Si alguien me preguntara, no podría ni moverme, pobre de mí, a causa del pánico ¡A la porra! Sosias y los encargos de su amo han muerto al mismo tiempo. Pero lo que es seguro es que voy a hablar de tú a tú con ese hombre de ahí enfrente para poder parecerle valiente y que mantenga sus puños lejos de mí.

MERCURIO.- Eh ¿a dónde vas tú, que llevas a Vulcano<sup>7</sup> encerrado en ese recipiente?

SOSIAS.- ¿Y por qué lo preguntas tú, que dejas a la gente sin un hueso en la cara a base de puñetazos?

MERCURIO.- ¿Eres libre o esclavo?

SOSIAS.- Lo que me da la gana, depende del día.

MERCURIO.- ¿Lo dices en serio?

SOSIAS.- Totalmente en serio.

MERCURIO.- Te mato a palos.

SOSIAS.- Y tú mientes.

MERCURIO.- Pero ya me encargaré yo de que digas lo contrario.

SOSIAS.- ¿Y por qué es eso necesario?

---

<sup>7</sup> Dios del fuego.



MERCURIO.- ¿Puedo saber adónde has sido enviado, de parte de quién y a qué has venido?

SOSIAS.- Soy esclavo de mi amo, he venido aquí por orden suya. ¿Y ahora qué? ¿Lo tienes más claro?

MERCURIO.- ¡Canalla! Yo hoy te voy a tapar esa boca.

SOSIAS.- No puedes. Está guardada muy cuidadosamente y con mucho pudor.

MERCURIO.- ¿Te empeñas en seguir de cháchara? ¿Qué se te ha perdido a ti en esta casa?

SOSIAS.- No, eres tú el que me tienes que decir qué se te ha perdido a ti.

MERCURIO.- El rey Creón siempre coloca aquí vigilantes nocturnos que se van relevando.

SOSIAS.- Hace bien, ya que estábamos en el extranjero se ha encargado de proteger la casa. Pero ahora, si eres listo, márchate, dile que ya han llegado los de la familia.

MERCURIO.- Yo no sé hasta qué punto eres tú de la familia; si no te vas de aquí pitando haré que “siendo de la familia” se te trate con poca familiaridad.

SOSIAS.- Te repito que yo vivo aquí y que soy esclavo de esta gente.

MERCURIO.- Pero ¿a que no sabes cómo? Hoy te convertiré yo a ti en un gran señor si no te vas de aquí.

SOSIAS.- Pero ¿cómo?

MERCURIO.- Serás porteadado por otros, no te irás por tu propio pie si encuentro un garrote.

SOSIAS.- Que te advierto que yo pertenezco a la familia de esta casa.

MERCURIO.- Mira a ver, si eres tan amable, cuántos palos quieres recibir ahora mismo, si no te vas de aquí inmediatamente.

SOSIAS.- ¿Es que pretendes impedirme llegar a mi casa sabiendo que vengo del extranjero?

MERCURIO.- ¿Que ésta es tu casa?

SOSIAS.- Así lo afirmo.

MERCURIO.- Entonces ¿quién es tu amo?

SOSIAS.- Anfitrión, que ahora es capitán al frente de las legiones tebanas y que está casado con Alcmena.

MERCURIO.- ¿Qué dices? ¿Que te llamas cómo?

SOSIAS.- Los tebanos me llaman Sosias, nacido de mi padre Davo.

MERCURIO.- ¿Pues no que has venido tú hoy aquí para tu desgracia contando mentiras, remendando engaños? ¡El colmo del atrevimiento!

SOSIAS.- No, al contrario, vengo aquí con la túnica remendada, no remendando engaños.

MERCURIO.- Pues sigues mintiendo, en realidad vienes con los pies, no con la túnica.

SOSIAS.- Así es, en efecto.

MERCURIO.- Pues ahora, en efecto, toma palos, por tus mentiras.

SOSIAS.- Por Pólux que no quiero, en efecto.

MERCURIO.- Sin embargo, por Pólux que, en efecto, los vas a recibir, quieras o no, y de verdad que este “en efecto” es seguro, no depende de tus deseos.

SOSIAS.- ¡Piedad, te lo ruego!

MERCURIO.- ¿Y tú te atreves a decir que tú eres Sosias y lo soy yo?

SOSIAS.- Estoy muerto.

MERCURIO.- Sin embargo poco dices en comparación con lo que te espera. Venga, dime ahora ¿de quién eres esclavo?

SOSIAS.- Tuyo, ya que tuyo me hiciste a base de puñetazos ¡Socorro, ciudadanos de Tebas!

MERCURIO.- ¿Y todavía te atreves a gritar, criminal? ¡Habla! ¿A qué has venido?

SOSIAS.- Para ser el que hicieras pedazos con tus puños.

MERCURIO.- ¿A quién perteneces?

SOSIAS.- Digo que soy Sosias, esclavo de Anfitrión.

MERCURIO.- Pues todavía más por esto, porque eres un mentiroso, vas a seguir recibiendo palos: Yo soy Sosias, no tú.

SOSIAS.- ¡Ojalá los dioses así lo hicieran, que fueses tú en vez de yo y que yo te diera palos.

MERCURIO.- ¿Es que no te callas?

SOSIAS.- Ya, ya, me callaré.

MERCURIO.- ¿A quién tienes como amo?

SOSIAS.- A quien tú quieras.

MERCURIO.- Y entonces ¿qué? ¿Cómo te llamas ahora?

SOSIAS.- De ninguna manera sino como tú me digas.

MERCURIO.- Decías que tú eras Sosias, esclavo de Anfitrión.

SOSIAS.- Me había confundido, pues lo que quise decir es que soy socio de Anfitrión.

MERCURIO.- Ya sabía yo que no teníamos ningún esclavo Sosias que no fuera yo. Se te va la olla.

SOSIAS.- ¡Ojalá tus puños hiciesen lo mismo!

MERCURIO.- Yo soy Sosias, el que tú me decías hace un rato que eras.

SOSIAS.- Te ruego que me permitas hablarte por las buenas y no recibir más palos.

MERCURIO.- De acuerdo, hágase la paz por un rato si quieres decir algo.

SOSIAS.- No diré nada si no hemos firmado la paz, que tú eres más fuerte con los puños.

MERCURIO.- Si quieres decir algo, dilo, no te haré daño.

SOSIAS.- ¿Puedo confiar en tu palabra?

MERCURIO.- Puedes.

SOSIAS.- ¿Y si me engañas?

MERCURIO.- Entonces que Mercurio cargue con toda su cólera contra Sosias.

SOSIAS.- Presta atención. Ahora me está permitido hablar libremente. Yo soy Sosias, el esclavo de Anfitrión.

MERCURIO.- ¿Ya estamos otra vez?

SOSIAS.- Hemos firmado la paz y hemos hecho un trato. Digo la verdad.

MERCURIO.- ¡Que te apaleen!

SOSIAS.- Haz lo que quieras como quieras ya que eres más fuerte con los puños, pero, hagas lo que hagas, esto, de verdad que, por Hércules, no me lo callaré de ninguna manera.

MERCURIO.- Ni por un momento vas a conseguir tú hoy, resultando vivo, que yo no sea Sosias.

SOSIAS.- Y yo te aseguro a ti que, por Pólux, tú nunca harás de mí otro que no sea yo, y que no tendremos

ningún otro esclavo Sosias excepto yo, que partí de aquí a la guerra junto con Anfitrión.

MERCURIO.- Este hombre no está en su sano juicio.

SOSIAS.- Ese problema que dices que tengo, lo tienes tú ¿Por qué no puedo ser yo Sosias, el esclavo de Anfitrión, canalla? ¿Es que no ha llegado esta noche, desde el puerto de Persia, la nave que me ha traído aquí? ¿No me ha enviado aquí mi amo? ¿No estoy yo de pie ahora ante las puertas de mi casa? ¿No llevo un farol en la mano? ¿No estoy hablando? ¿No estoy despierto? ¿No me ha sacudido a puñetazos este hombre hace un rato? Por Hércules que lo ha hecho, pues todavía me duelen las mandíbulas, pobre de mí. Entonces ¿por qué lo dudo? ¿Por qué no entro ahí, en nuestra casa?

MERCURIO.- ¿Qué? ¿en vuestra casa?

SOSIAS.- Pues sí que lo es.

MERCURIO.- Pues no, has mentido en todo lo que acabas de decir. La verdad es que yo soy Sosias, esclavo de Anfitrión, y que esta noche nuestra nave ha soltado amarras del puerto de Persia y que asaltamos la ciudad donde reinaba el rey Ptérelas y que, luchando con gran fuerza, apresamos las legiones de los teléboas y que Anfitrión le arrancó la cabeza al rey Ptérelas con sus propias manos en el combate.

SOSIAS.- Pues yo no me creo a mí mismo cuando lo oigo afirmar estas cosas. La verdad es que éste cuenta

de memoria todo lo que allí sucedió. Pero, a ver qué contestas: ¿qué le entregaron los teléboas a Anfitrión como regalo?

MERCURIO.- Una copa de oro en la que acostumbraba a beber el rey Ptérelas.

SOSIAS.- Lo ha dicho. ¿Dónde está ahora esa copa?

MERCURIO.- En una cajita. Está lacrada con el sello de Anfitrión.

SOSIAS.- Dime ¿Qué tipo de signo es?

MERCURIO.- El sol cuando sale con su cuadriga ¿Qué? ¿Me coges en algo, canalla?

SOSIAS.- Me ha vencido con sus argumentos, tengo que ir buscándome otro nombre. No sé de dónde ha sacado éste todas estas cosas, pero ahora lo voy a coger a base de bien, pues lo que yo mismo he hecho en la tienda de campaña, solo, nadie más estaba presente, eso, en realidad, es imposible que lo diga. Si tú eres Sosias ¿qué hiciste en la tienda de campaña cuando las legiones luchaban con todas sus fuerzas? Si logras decirlo, me doy por vencido.

MERCURIO.- Había un cántaro de vino de donde llené una jarra.

SOSIAS.- Va por el buen camino.

MERCURIO.- Me la empiné llena de vino puro, tal como había nacido de su madre.

SOSIAS.- Aquello sucedió, yo me bebí una jarra de vino puro. Esto es asombroso, a no ser que éste estuviera escondido dentro de aquella jarra.

MERCURIO.- ¿Y ahora qué? Te gano con mis argumentos de que no eres Sosias.

SOSIAS.- ¡Tú niegas que lo sea!

MERCURIO.- ¿Cómo no lo voy a negar, si soy yo mismo?

SOSIAS.- Juro por Júpiter que soy yo y que no miento.

MERCURIO.- Y yo juro por Mercurio que Júpiter no te va a creer, pues sé que me creará a mí más sin jurar que a ti jurando.

SOSIAS.- Pues dime, te lo pregunto a ti, si no soy Sosias ¿quién soy entonces?

MERCURIO.- Cuando yo no quiera ser Sosias, entonces tú puedes serlo con razón. Ahora, como lo soy yo, te llevarás una paliza si no te vas de aquí, desconocido.

SOSIAS.- Por Pólux, la verdad es que cuando lo miro, también reconozco mi figura, cómo soy, (me he visto muchas veces en el espejo). Se parece demasiado a mí. Tiene el mismo sombrero y la misma ropa. Es parecidísimo a mí: las pantorrillas, los pies, la estatura, el peinado, la nariz o los labios. La forma de la cara, la



barbilla, la barba, el cuello: todo ¿Qué más hay que decir? Si tiene la espalda llena de cicatrices, no hay nada que se parezca más. Pero si lo pienso bien, la verdad es que yo soy el mismo que siempre he sido: Conozco a mi amo, conozco mi casa. Estoy en mi sano juicio y me doy cuenta de las cosas. No haré caso a lo que habla ése. Llamaré a la puerta.

MERCURIO.- ¿Adónde crees que vas?

SOSIAS.- A mi casa.

MERCURIO.- Si tú ahora subieras a la cuadriga de Júpiter y salieras huyendo de aquí, ni aún así podrías evitar el infortunio.

SOSIAS.- ¿Es que no puedo comunicarle a mi ama lo que me ha ordenado mi señor?

MERCURIO.- Si quieres comunicar algo, ve y se lo cuentas a la tuya, no permitiré que te acerques a la nuestra, pues si consigues enfadarme te llevarás de aquí hoy una paliza en los riñones.

MERCURIO.- Mejor me voy, dioses inmortales, os imploro vuestra protección ¿Dónde he encontrado hoy mi perdición? ¿Dónde he sido transformado? ¿Dónde he perdido mi imagen? ¿Me habré dejado olvidado allí y a lo mejor no me acuerdo? Pues lo cierto es que éste tiene todo el aspecto que tenía yo hasta ahora. Me hacen, estando vivo, lo que nadie se atrevería a hacerme muerto. Iré al puerto y le contaré a mi amo lo que ha pasado, si es que éste no me ignora también

¡Júpiter así lo quiera! para que hoy, con la cabeza rapada, calvo, pueda recibir el púleo<sup>8</sup>.

## ESCENA II

(*Mercurio*)

MERCURIO.- Este asunto me ha salido hoy muy bien y conforme a lo esperado. He conseguido apartar de la casa al mayor de los inconvenientes para que mi padre, sin peligro alguno, pudiera yacer abrazado a ella y ahora cuando aquél llegue allí, junto a su amo Anfitrión, le contará que el esclavo Sosias lo ha echado de aquí, de la puerta de su casa. El otro, por supuesto, creerá que le miente y pensará que no ha venido aquí como le había ordenado. Yo a aquéllos dos y a toda la familia de Anfitrión los voy a volver locos con tanto enredo hasta que mi padre se sacie de la que ama. Y así, finalmente, todos sabrán lo que ha sucedido. Al final, Júpiter devolverá a la pareja a su armonía anterior pues Anfitrión, en un primer momento, le montará un escándalo y la acusará de adulterio. Entonces mi padre, por ella, aplacará esta disputa.

---

<sup>8</sup> Una especie de sombrero de lana con la forma de medio huevo que vestían los romanos en los espectáculos y en las festividades y que se entregaba a los esclavos el día de su emancipación, como símbolo de libertad.

Y ahora, acerca de Alcmena, que antes no lo dije, hoy parirá ella dos hijos gemelos, uno de los niños nacerá tras el décimo mes después de haber sido engendrado, el otro al séptimo mes. Uno de ellos es hijo de Anfitrión, el otro de Júpiter, pero el hijo menor tiene el padre de mayor edad y el mayor el de menor ¿comprendéis ya entonces lo que ocurre? Pero para honrar a Alcmena mi padre se ha preocupado de que suceda en un solo parto, de que con un solo esfuerzo acabe con dos sufrimientos (y para que no se ponga a Alcmena bajo sospecha de adulterio y se guarde en secreto su unión clandestina). Aunque, como ya os he dicho antes, Anfitrión se enterará de todo el asunto al final ¿Y qué? Seguro que nadie considerará esto como una falta de honestidad de Alcmena, pues no parece justo que un dios haga que un delito suyo y una falta suya... que permita que se le pidan cuentas de ello a un mortal.

Contendré mi discurso, la puerta ha sonado. He aquí que sale hacia afuera el falso Anfitrión con Alcmena, a la que ha utilizado como esposa.

### ESCENA III

*(Júpiter, Alcmena, Mercurio)*

JÚPITER.- Queda en paz, Alcmena. Ocúpate de nuestros intereses comunes, como sueles hacer y, por favor, ahórrate preocupaciones, ves que ya se te

cumplen los meses. Yo tengo que irme de aquí pero reconoce tú como propio lo que nos nazca.

ALCMENA.- ¿Cuál es la razón, marido mío, por la que tengas que irte de casa tan de repente?

JÚPITER.- Por Pólux que ni me disgustas tú ni la casa pero cuando el general en jefe no está junto a su ejército sucede más rápido lo que no es ventajoso que se haga que lo que hace falta que se haga.

MERCURIO.- Éste está hecho un verdadero cuentista, es que no puede negar que es mi padre. Fijaos en él, qué dulcemente engatusa a la mujer.

ALCMENA.- ¡Por Cástor! Ya compruebo en cuánto estimas a tu esposa.

JÚPITER.- ¿No tienes bastante con que de entre las mujeres no haya ninguna a la que quiera como a ti?

MERCURIO.- Por Pólux que si aquella de arriba<sup>9</sup> supiera que te dedicas a estos asuntos, ya haría yo que prefirieras ser Anfitrión antes que Júpiter.

ALCMENA.- Eso preferiría yo comprobarlo a que tuvieras que decírmelo. Te marchas antes de haber calentado del todo el lado de la cama en el que te has acostado. Llegaste ayer a media noche, ahora te vas ¿eso es lo que quieres?

---

<sup>9</sup> Se refiere a Juno, esposa de Júpiter.

MERCURIO.- Me acercaré y le hablaré y desempeñaré bien mi papel a favor de mi padre. Por Pólux, creo yo que nunca ningún mortal ha amado tan apasionadamente en relación a como este se muere de pasión por ti.

JÚPITER.- ¡Canalla! ¿Crees que no te conozco? ¿Te quieres ir de mi vista? ¿Qué interés tienes tú o qué tienes que murmurar de este asunto, bribón? ¡Como agarre ese palo!

ALCMENA.- ¡No, no lo hagas!

JÚPITER.- ¡Que murmure entonces!

MERCURIO.- Casi en vano he puesto en marcha mi primera actuación.

ALCMENA.- Pero por lo que tú dices, esposa mía, no conviene que te enfades conmigo, me fui a escondidas de la legión, falté a mi deber por ti para que tú la primera supieras de primera mano y por mí que había llevado a cabo hazañas de interés público. Te lo he contado todo, cosa que no hubiera hecho si no te amara más que a nadie.

MERCURIO.- ¿Acaso no hace lo que yo he dicho? Le llega al corazón con su ternura a la desventurada.

JÚPITER.- Ahora, para que la legión no se dé cuenta, he de volver allí a escondidas para que no digan que he antepuesto mi mujer a los asuntos de Estado.

ALCMENA.- Tú con tu marcha provocas el llanto de tu esposa.

JÚPITER.- Calla, no te dañes los ojos. Volveré enseguida.

MERCURIO.- Ese “enseguida” significa “mucho tiempo”.

JÚPITER.- Ni te dejo aquí ni me alejo de ti con gusto.

ALCMENA.- Ya me doy cuenta pues te vas la misma noche que has venido a mi lado.

JÚPITER.- ¿Por qué me retienes? Ha llegado el momento. Quiero salir de la ciudad antes de que amanezca. Ahora Alcmena te ofrezco a ti como regalo esta copa que me fue entregada allí como premio por mi valor. En ella bebía el rey Ptérelas, a quien maté con mis propias manos.

ALCMENA.- Actúas del mismo modo que haces en otros asuntos ¡Por Cástor! Un regalo merecedor de la persona que lo hace.

MERCURIO.- Es al contrario: un regalo merecedor de la persona a la que se le ofrece.

JÚPITER.- ¿Y sigues con las mismas? ¿Acaso no puedo yo buscarte la perdición, carne de horca?

ALCMENA.- Anfitrión, por mi amor, no te irrites con Sosias por mi culpa.

JÚPITER.- Lo haré como quieres.

MERCURIO.- ¡Cómo está de irascible con esto del amor!

JÚPITER.- ¿Es que quieres algo más?

ALCMENA.- Que me sigas amando cuando estés lejos, que aunque estés ausente siga siendo tuya.

MERCURIO.- Vayámonos, Anfitrión, que ya está amaneciendo.

JÚPITER.- Ve tú por delante, Sosias, ya te sigo yo  
¿Quieres algo más?

ALCMENA.- Sí, que vuelvas pronto.

JÚPITER.- De acuerdo. Estaré aquí antes de lo que piensas. Ten confianza. Ahora tú, noche, que te has detenido para mí, te libero para que cedas paso al día y que éste ilumine a los mortales con su radiante y blanca luz. Y todo lo que tú, noche, fuiste más larga que la anterior, haré que el día sea más breve para dividirlos equitativamente y que el día surja de la noche. Me iré y seguiré a Mercurio.





## ACTO II

### ESCENA I

*(Anfitrión y Sosias)*

ANFITRIÓN.- Anda, sígueme.

SOSIAS.- Te sigo, sigo tus pasos.

ANFITRIÓN.- Eres la persona más infame que conozco.

SOSIAS.- Pero ¿por qué?

ANFITRIÓN.- Porque me cuentas lo que no pasa ni ha pasado ni pasará.

SOSIAS.- ¡Míralo! ¡Ya estás actuando a tu manera! No tienes ninguna confianza en tu gente.

ANFITRIÓN.- ¿Qué? ¿Cómo? ¡Ahora mismo, por Hércules, te voy a cortar, canalla, esa lengua infame que tienes!

SOSIAS.- Te pertenezco hasta el punto de que puedes hacer conmigo lo que te parezca apropiado y lo que te dé la gana, sin embargo nunca, de ninguna manera, me podrás amedrantar para que no cuente las cosas como han sucedido ahí.

ANFITRIÓN.- ¡Grandísimo bribón! ¿Te atreves a decirme que estás ahora en casa, si estás aquí?

SOSIAS.- Digo la verdad.

ANFITRIÓN.- Una desgracia es lo que te van a acarrear los dioses y yo hoy mismo.

SOSIAS.- Eso está en tu mano, ya que te pertenezco.

ANFITRIÓN.- ¿Tú, canalla, te atreves a burlarte de mí, que soy tu amo? ¿Te atreves a decir lo que nadie nunca, ningún hombre hasta ahora ha visto ni puede suceder, que al mismo tiempo una misma persona esté en dos lugares a la vez?

SOSIAS.- En efecto, eso es así, tal como lo digo.

ANFITRIÓN.- ¡Que Júpiter te busque la perdición!

SOSIAS.- ¿Qué tengo de malo, amo, qué daño te he hecho?

ANFITRIÓN.- ¿Y todavía lo preguntas, desgraciado, que te estás burlando de mí?

SOSIAS.- Podrías insultarme con razón si sucediera como tú dices, pero no miento y cuento las cosas como son.

ANFITRIÓN.- Me da la impresión de que éste está borracho.

SOSIAS.- Ojalá fuese cierto.

ANFITRIÓN.- ¿Deseas lo que es?

SOSIAS.- ¿Yo?

ANFITRIÓN.- Sí, tú. ¿Dónde has bebido?

SOSIAS.- De verdad que no he bebido en ningún sitio.

ANFITRIÓN.- ¿Qué tipo de hombre es éste?

SOSIAS.- Ya te lo he dicho diez veces, que estoy en casa te digo ¿es que no me oyes? y yo mismo, Sosias, estoy aquí junto a ti ¿Te parece que te hablo ahora con bastante claridad y elocuencia, amo?

ANFITRIÓN.- ¡Bah! Aléjate de mí.

SOSIAS.- ¿Qué pasa?

ANFITRIÓN.- Estás apestado.

SOSIAS.- Pero ¿Por qué dices eso? De verdad que estoy perfectamente bien y saludable, Anfitrión.

ANFITRIÓN.- Pero yo hoy te daré lo que te corresponde y te mereces de modo que te vas a sentir peor de salud y vas a ser un desgraciado, si llego sano y salvo a casa. Sigue ya de una vez a tu amo, tú que te ríes con palabras de loco y que, como te despreocupaste de cumplir lo que tu amo te ordenó, vienes ahora, además, a reírte de tu dueño: cuentas, sinvergüenza, lo que no puede suceder ni nunca nadie ha oído referir. Yo haré hoy que esas mentiras se vuelvan contra tu espalda.

SOSIAS.- Anfitrión, esa sí que es la peor de las desgracias para un buen esclavo, que, cuando dice la verdad a su amo, ésta sea vencida por la violencia.

ANFITRIÓN.- ¿De qué modo, mala persona, puede suceder esto, razona conmigo pero con argumentos, que tú estés ahora aquí y también en la casa? Venga, quiero que me lo digas.

SOSIAS.- En efecto, estoy aquí y también allí. Es lógico que esto asombre a cualquiera y no creas que tú te sorprendes más que yo.

ANFITRIÓN.- ¿Y eso?

SOSIAS.- Te digo que tú no te sorprendes de esto ni un pelo más que yo ¡los dioses me protejan! Al principio me creía a mí mismo, Sosias, hasta que yo mismo, el Sosias de allí consiguió que lo creyera a él. Todo punto por punto me relató de cómo había sucedido cada cosa cuando estuvimos allí con los enemigos, entonces, junto con mi nombre, me arrebató mi imagen y no se parecen más dos gotas de agua de lo que aquel yo se parece a mí, porque cuando antes del amanecer me enviaste por delante del puerto a casa...

ANFITRIÓN.- ¿Qué pasó?

SOSIAS.- Pues que yo estaba delante de la casa mucho antes de haber llegado allí.

ANFITRIÓN.- ¿Qué tonterías son éstas? ¿Tú estás loco?

SOSIAS.- Estoy como me ves.

ANFITRIÓN.- A este hombre no sé qué mal le ha acarreado una mano perversa tras irse de mi lado.

SOSIAS.- De eso doy fe, porque me han dejado exhausto a base de puñetazos.

ANFITRIÓN.- ¿Quién te ha dado la paliza?

SOSIAS.- Yo mismo, el que ahora estoy en casa, a mí mismo.

ANFITRIÓN.- Procura no responderme otra cosa distinta a lo que te voy a preguntar. Lo primero de todo, quién es ese Sosias, eso es lo que quiero que me digas.

SOSIAS.- Es tu esclavo.

ANFITRIÓN.- Pues lo cierto es que contigo solo ya tengo mucho más de lo que quisiera y que desde que he nacido no he tenido otro esclavo Sosias que no seas tú.

SOSIAS.- Pero, Anfitrión, yo ahora te digo: cuando llegues a casa, insisto, te demostraré que te vas a encontrar allí otro esclavo tuyo Sosias además de mí, hijo del mismo padre que yo, Davo, con el mismo aspecto y la misma edad que yo ¿qué más necesitan mis palabras? Dos Sosias se te han concedido.

ANFITRIÓN.- Cuentas cosas demasiado extrañas, bueno venga ¿viste a mi mujer?

SOSIAS.- Que en ningún momento se me permitió entrar en la casa.

ANFITRIÓN.- ¿Quién te lo impidió?

SOSIAS.- El Sosias ese que te estoy diciendo hace un rato, el que me molió a puñetazos.

ANFITRIÓN.- ¿Quién es ese Sosias?

SOSIAS.- Te lo repito, soy yo ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

ANFITRIÓN.- Pero ¿qué dices? ¿No será que te quedaste dormido en ese momento?

SOSIAS.- En absoluto.

ANFITRIÓN.- ¿Y si, a lo mejor, has visto a ese tal Sosias en sueños?

SOSIAS.- No suelo yo cumplir las órdenes de mi amo en sueños. Lo vi despierto, despierto te veo ahora a ti, hablo despierto, aquél, despierto, me molió a puñetazos hace un rato y yo estaba despierto.

ANFITRIÓN.- ¿A quién te refieres?

SOSIAS.- Te lo repito, a Sosias, el yo aquel. ¿Es que no me entiendes?

ANFITRIÓN.- ¿Cómo puede alguien entenderte, malvado, si no dices más que tonterías para burlarte?

SOSIAS.- Pues te vas a enterar enseguida de la verdad, en cuanto conozcas a aquel esclavo Sosias.

ANFITRIÓN.- Sígueme por aquí, anda, pues tengo que esclarecer esto lo primero (pero controla que todo lo que te encargué se baje ya de la nave.)

SOSIAS.- No sólo me acuerdo, sino que soy diligente como para que se cumpla todo lo que ordenas. No me he bebido yo tu encargo junto con el vino.

ANFITRIÓN.- ¡Quieran los dioses que, a partir de este asunto, tus palabras queden sin sentido!

## ESCENA II

(Alcmena, Anfitrión, Sosias)

ALCMENA.- ¿No es verdad que hay bastante poco placer en la vida y en el paso del tiempo en comparación con los malos ratos? Así está dispuesto para todos y cada uno de los hombres en su tiempo de vida y así complace a los dioses, que la tristeza sea compañera inseparable del gozo: y es que acude más fastidio y malestar allí donde se ha obtenido algún bien. Pues yo esto lo sufro ahora en mi casa y lo sé por mí misma a quien durante un corto espacio de tiempo se me ha concedido el deleite, mientras he tenido la posibilidad de ver a mi marido, sólo durante una noche, y éste de repente se marchó de aquí, de mi lado, antes del amanecer. Ahora me veo aquí sola porque está lejos el hombre al que amo por encima de todos. He recibido más sufrimiento por la marcha de mi marido que satisfacción por su llegada. Aún así, al menos, me alegro por eso, porque ha vencido a los enemigos y ha vuelto a casa cubierto de gloria. Ese es mi consuelo. De acuerdo, que esté ausente con tal de

que vuelva a casa después de conseguir la victoria. Soportaré y sobrellevaré sin flaquear la ausencia de mi marido, con ánimo firme y valeroso, con que sólo se me conceda el favor de que se piense que mi hombre es el vencedor de la batalla. Consideraré que esto es suficiente para mí. El valor es la mejor recompensa, el valor, en efecto, va por delante de todas las cosas: la libertad, la salud, la vida, los bienes y los padres, la patria y los hijos están salvaguardados y protegidos por él. El valor lo reúne todo en sí mismo, todo lo bueno está presente en aquel que tiene el valor en sus manos.

ANFITRIÓN.- Por Pólux, creo que mi llegada a casa es muy deseada por mi esposa que sé que me ama como yo la amo a ella. Sobre todo es volver con el deber cumplido y los enemigos vencidos, a los cuales nadie pensó que se les pudiera superar y los vencimos en el primer encuentro con mi auspicio y mi gobierno. Estoy seguro de que mi llegada es esperada por ella con todo su anhelo.

SOSIAS.- ¿Qué? ¿Tú no piensas que mi amiga también esperará la mía?

ALCMENA.- No hay duda de que aquel es mi marido.

ANFITRIÓN.- Tú, acompáñame.

ALCMENA.- Pero ¿por qué vuelve si me decía hace un rato que se tenía que marchar rápidamente? ¿No me estará poniendo a prueba a conciencia y quiere



comprobar por sí mismo que lo añoro en su ausencia?  
Por Cástor que no llevo de mala gana que vuelva a su casa.

SOSIAS.- Anfitrión, es mejor que nos volvamos a la nave.

ANFITRIÓN.- ¿Y eso por qué?

SOSIAS.- Porque cuando volvamos nadie nos va a dar de comer en casa.

ANFITRIÓN.- ¿Por qué se te ocurre eso ahora?

SOSIAS.- Porque, en mi opinión, llegamos tarde.

ANFITRIÓN.- ¿Y eso?

SOSIAS.- Porque veo que Alcmena está ahí delante de la puerta y está llena.

ANFITRIÓN.- Cuando me fui la dejé aquí embarazada.

SOSIAS.- Estoy perdido ¡pobre de mí!

ANFITRIÓN.- ¿Qué te pasa?

SOSIAS.- Que veo que he llegado a casa a punto para acarrear agua, tras el décimo mes, según veo que haces la cuenta.

ANFITRIÓN.- Estate tranquilo.

SOSIAS.- ¿Qué me esté tranquilo? Nunca, por Pólux, me vuelvas a creer ni bajo juramento a partir de hoy si cuando coja el cubo no le arranco el alma entera al pozo aquel, si me pongo a ello.

ANFITRIÓN.- Sígueme, anda. Ya le encargaré eso a otro, no temas.

SOSIAS.- Yo creo que cumpliría ahora con mi deber si le saliera al encuentro a ella.

ANFITRIÓN.- Anfitrión, lleno de alegría, saluda a su esposa tan añorada, a quien su marido considera la mejor y la única de entre todas las de Tebas y de quien los ciudadanos Tebanos van diciendo que es tan honesta ¿Has estado bien hasta ahora? ¿Me has echado de menos?

SOSIAS.- No me da esa impresión, lo saluda como si lo hubiera echado de menos no más que a un perro.

ANFITRIÓN.- Me alegro ya que te veo embarazada y en estado tan avanzado.

ALCMENA.- Te lo ruego ¡por Cástor! ¿Por qué me saludas y me llamas así para reírte de mí, como si no me hubieras visto hace un rato, como si volvieras aquí, a tu casa, por primera vez de la guerra?

ANFITRIÓN.- Pues no, al contrario. A ti no te he visto hoy en ninguna parte hasta ahora.

ALCMENA.- ¿Por qué lo niegas?

ANFITRIÓN.- Porque he aprendido a decir la verdad.

ALCMENA.- No obra con justicia el que desaprende lo que ha aprendido ¿Queréis poner a prueba en qué estado de ánimo me encuentro? pero ¿por qué volvéis

tan pronto? ¿Te ha demorado algún auspicio o te retiene alguna tormenta para no haberte marchado al ejército tal como me habías dicho hace un rato?

ANFITRIÓN.- ¿Hace un rato? ¿Hace cuanto que he hecho yo eso?

ALCMENA.- ¿Me sigues poniendo a prueba? Hace un rato, ahora mismito.

ANFITRIÓN.- ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo puede haber sucedido eso como dices “hace un rato, ahora mismito”?

ALCMENA.- ¿Qué piensas entonces, que me burlo de ti como tú haces conmigo, que primero dices que acabas de llegar cuando hace un rato que te has ido?

ANFITRIÓN.- De verdad que ésta nada más que habla locuras.

SOSIAS.- Espera un poco mientras echa una cabezadilla

ANFITRIÓN.- ¿Es que está soñando despierta?

ALCMENA.- ¡Que estoy despierta, por Cástor! y despierta os estoy contando lo que ha sucedido. Hace un rato, antes del amanecer, he visto a éste y también a ti.

ANFITRIÓN.- ¿En dónde?

ALCMENA.- Aquí, en la puerta de la casa donde vives.

ANFITRIÓN.- Eso no ha sucedido nunca.

SOSIAS.- ¿No te callas? ¿No será que la nave nos ha traído del puerto aquí mientras dormíamos?

ANFITRIÓN.- ¿También tú te vas a unir a ella?

SOSIAS.- ¿Qué quieres que haga? ¿No lo sabes? Si quieres enfrentarte a una bacante mientras está en trance, convertirás a una loca en otra más loca todavía, atacará con más frecuencia; si le llevas la corriente, zanjarás el asunto con un solo golpe de mano.

ANFITRIÓN.- Al contrario ¡por Pólux! lo que es seguro es que le voy a echar una bronca por no haberme querido saludar hoy cuando he llegado a casa.

SOSIAS.- Vas a sacudir un panal de avispas.

ANFITRIÓN.- ¡Cállate ya! Alcmena, quiero preguntarte una cosa.

ALCMENA.- Pregunta lo que quieras.

ANFITRIÓN.- ¿A ti qué te pasa, que se te ha echado la tontería encima o que te rebosa la soberbia?

ALCMENA.- ¿Por qué se te ocurre preguntarme eso a mí, marido mío?

ANFITRIÓN.- Porque hasta hoy solías saludarme cuando llegaba y te dirigías a mí como suelen dirigirse a sus maridos las mujeres que son honradas y al llegar a casa me ha sorprendido que ya no tomes parte en esa costumbre.

ALCMENA.- Por Cástor, es una verdad como un templo

que ayer, cuando llegaste aquí, no sólo te saludé, sino que al mismo tiempo te pregunté también cómo te encontrabas de salud, marido mío, y te cogí la mano y te dí un beso.

SOSIAS.- ¿Qué tú saludaste ayer a éste?

ALCMENA.- Y a ti también Sosias.

SOSIAS.- Anfitrión, yo esperaba que ésta te iba a dar un hijo, pero no está preñada de un niño.

ANFITRIÓN.- Entonces ¿de qué?

SOSIAS.- De locura.

ALCMENA.- ¡Anda ya! que estoy cuerda y ruego a los dioses poder dar a luz a mi hijo con buen estado de salud, pero tú recibirás una desgracia de verdad, si éste cumple con su obligación. Por culpa de este agüero, agorero, vas a recibir lo que te mereces.

SOSIAS.- Pues la verdad es que es a la parturienta a la que conviene darle una y otra manzana<sup>10</sup> para que la mordisquee cuando empiece a sentirse en mal estado.

ANFITRIÓN.- Entonces ¿tú me viste aquí ayer?

ALCMENA.- Sí, repito, si quieres que te lo diga cien veces.

ANFITRIÓN.- ¿No sería en sueños?

---

<sup>10</sup> Juego de palabras con *malum* que significa “desgracia, mal, paliza” y “manzana”.

ALCMENA.- Al contrario, estando yo despierta y tú también.

ANFITRIÓN.- ¡Ay desgraciado de mí!

SOSIAS.- ¿Qué te pasa?

ANFITRIÓN.- Mi esposa delira.

SOSIAS.- La atrabilis<sup>11</sup> es tremendamente excitante. Ninguna otra cosa produce a los hombres tanto delirio.

ANFITRIÓN.- ¿Y desde cuando, mujer, has empezado a sentirte en este estado de confusión?

ALCMENA.- ¡Que estoy cuerda y sana, por Cástor!

ANFITRIÓN.- Entonces ¿por qué dices que me viste ayer, si hemos llegado esta noche al puerto? Allí he cenado y allí he descansado durante toda la noche y no he puesto un pie aquí en la casa todavía desde que me fui de aquí con mi ejército a luchar con los enemigos teléboas y los vencimos.

ALCMENA.- Pues no, que cenaste aquí conmigo y te acostaste conmigo.

ANFITRIÓN.- Pero ¿qué dices?

ALCMENA.- Digo la verdad.

ANFITRIÓN.- Pues, por Hércules, que sobre este asunto no, sobre otros no sé.

---

<sup>11</sup> Uno de los cuatro humores principales del organismo, según las antiguas doctrinas de Hipócrates y Galeno.

ALCMENA.- Con la primera luz del día te fuiste a reunirte con tus legiones.

ANFITRIÓN.- ¿Cómo?

SOSIAS.- Lo que dice es verdad, según ella lo recuerda. Te está contando sus sueños. Pero, mujer, después que te despertaste, hubiera estado bien que hicieras una ofrenda a Júpiter, el que aparta los malos augurios, o con harina sagrada o con incienso.

ALCMENA.- Te estás jugando la cabeza.

SOSIAS.- Si tienes que preocuparte por tu cabeza o no, eso es algo que te compete a ti.

ALCMENA.- Ya es la segunda vez que éste me habla con brusquedad y sin ningún castigo.

ANFITRIÓN.- Calla tú Sosias y tú dime ¿Que yo me he ido de tu lado hoy al amanecer?

ALCMENA.- ¿Quién entonces sino vosotros me ha contado cómo se desarrolló allí el combate?

ANFITRIÓN.- ¿Pero es que tú lo sabes?

ALCMENA.- ¡Y tanto! Como que lo he oído de ti, que habías atacado la mayor de las ciudades y que tú mismo mataste al rey Ptérelas.

ANFITRIÓN.- ¿Que yo te he dicho eso?

ALCMENA.- Tú mismo y delante de Sosias.

ANFITRIÓN.- ¿Sosias, tú me has oído hoy decir esas cosas?

SOSIAS.- ¿Dónde puedo haberlo oído?

ANFITRIÓN.- Pregúntale a ella.

SOSIAS.- Desde luego estando yo presente eso nunca ha sucedido, que yo sepa.

ALCMENA.- Sería un milagro que te llevara la contraria.

ANFITRIÓN.- Sosias, venga, mírame.

SOSIAS.- Te miro.

ANFITRIÓN.- Quiero que digas la verdad, no quiero que me lleves la corriente. ¿Tú me has oído hoy decirle lo que ella afirma?

SOSIAS.- ¡Por favor! ¡Por Pólux! ¿es que tú también te has vuelto loco que me preguntas eso sabiendo que yo mismo, igual que tú, veo a ésta hoy por primera vez?

ANFITRIÓN.- ¿Y ahora qué, mujer? ¿Lo oyes?

ALCMENA.- Pues sí, pero miente.

ANFITRIÓN.- ¿Y no lo crees a él, ni a mí mismo, que soy tu marido?

ALCMENA.- Pero porque sobre todo me creo a mí misma y estoy segura de que las cosas han sucedido tal y como te estoy diciendo.



ANFITRIÓN.- ¿Entonces tú dices que yo he llegado ayer?

ALCMENA.- ¿Entonces tú niegas que te has ido hoy de aquí?

ANFITRIÓN.- Pues desde luego que lo niego y afirmo que he llegado a casa, junto a ti, ahora por primera vez.

ALCMENA.- Vamos a ver ¿también vas a negar esto: que me has regalado hoy una copa de oro con la que me habías dicho que te habían obsequiado allí?

ANFITRIÓN.- Pues por Pólux que ni te la he dado ni te lo he dicho, pero así lo tenía pensado y sigo con la idea de regalarte esa copa, pero ¿quién te lo ha dicho?

ALCMENA.- Pues por supuesto que lo he oído de ti y he recibido la copa de tu mano.

ANFITRIÓN.- Espera, espera, te lo ruego, me extraña mucho, Sosias, que ella sepa que me han regalado una copa de oro, a no ser que tú te hayas reunido con ella hace un rato y le hayas contado todo esto.

SOSIAS.- Que no, por Pólux, que ni yo lo he contado ni he visto a ésta hasta ahora mismo contigo.

ANFITRIÓN.- ¿Qué tipo de hombre es éste?

ALCMENA.- ¿Quieres que saque la copa?

ANFITRIÓN.- Pues sí.

ALCMENA.- De acuerdo ¡oye, Tésala, saca de ahí dentro la copa que mi marido me ha regalado hoy!

ANFITRIÓN.- Apártate tú a este lado, Sosias, pues, por encima de otros prodigios, éste de que ella tenga la copa, me maravilla fuera de lo normal.

SOSIAS.- Pero ¿te lo vas a creer, si viene en un cofrecito lacrado con tu sello?

ANFITRIÓN.- ¿Está a salvo el sello?

SOSIAS.- Compruébalo tú.

ANFITRIÓN.- Perfecto, tal y como yo lo lacré.

SOSIAS.- Oye amo ¿por qué no mandas que se la purifique como si hubiera enloquecido?

ANFITRIÓN.- Pues sí que es necesario hacerlo ya que no hay duda de que está llena de fantasmas.

ALCMENA.- ¿Son necesarias las palabras? Ahí tienes la copa, mírala.

ANFITRIÓN.- Dámela.

ALCMENA.- Anda mírala ahora, aquí la tienes, tú que negabas lo que ha sucedido y a quien yo aquí y ahora voy a convencer en presencia de todos ¿es esta la copa que te regalaron allí?

ANFITRIÓN.- ¡Santo cielo! ¿Qué estoy viendo? En efecto ésa es la copa. Estoy perdido, Sosias.

SOSIAS.- Por Pólux o ésta mujer es la mayor de las trileras o la copa tiene que estar ahí dentro.

ANFITRIÓN.- Venga, quítale el precinto al cofre.

SOSIAS.- ¿Qué le quite el precinto al cofre? Está bien lacrado, todo ha salido bien. Tú has dado a luz a un Anfitrión, yo a otro Sosias. Ahora si la copa da a luz a otra copa, todos nos habremos duplicado.

ANFITRIÓN.- Lo cierto es que hay que abrirlo y mirar dentro.

SOSIAS.- Haz el favor, mira qué sello es el que hay, no me vayas a echar a mí las culpas luego.

ANFITRIÓN.- Ábrelo ya, pues ésta con sus palabras pretende volvernos locos.

ALCMENA.- A ver ¿de dónde ha salido ésta si no de ti, que me la ofreciste como regalo?

ANFITRIÓN.- Necesito averiguarlo.

SOSIAS.- ¡Júpiter, por Júpiter!

ANFITRIÓN.- ¿Qué te pasa?

SOSIAS.- Aquí en el cofre no hay ninguna copa.

ANFITRIÓN.- ¿Qué estoy oyendo?

SOSIAS.- Lo que es cierto.

ANFITRIÓN.- Pero a base de tu tortura, si no aparece.

ALCMENA.- En realidad ya ha aparecido.

ANFITRIÓN.- Pero ¿quién te la ha dado?

ALCMENA.- El que me lo está preguntando.

SOSIAS.- Me estás tendiendo una trampa, porque tú te has adelantado del barco aquí, por otro camino, a escondidas y tú mismo sacaste la copa de ahí y se la diste a ésta, después sellaste otra vez el cofre sin que nadie te viera.

ANFITRIÓN.- ¡Ay de mí! ¿Tú también te pones a ayudar a la locura de ésta? ¿Dices que nosotros llegamos ayer aquí?

ALCMENA.- Lo digo y que cuando llegaste aquí me saludaste y yo a ti y te di un beso.

SOSIAS.- Ese principio sobre el beso ya no me gusta.

ANFITRIÓN.- Anda sigue.

ALCMENA.- Te bañaste.

ANFITRIÓN.- Y, después de lavarme ¿qué?

ALCMENA.- Te echaste junto a la mesa.

SOSIAS.- ¡Anda que no! Ahora sigue investigando.

ANFITRIÓN.- Basta ya de comentarios. Sigue contando.

ALCMENA.- Se sirvió la cena; cenaste conmigo y yo me eché junto a ti.

ANFITRIÓN.- ¿En el mismo lecho?

ALCMENA.- En el mismo.

SOSIAS.- ¡Ay! No me gusta nada esa cena.

ANFITRIÓN.- Déjala que se explique. Y después de cenar ¿qué?

ALCMENA.- Decías que tenías sueño; quitaron la mesa y de allí fuimos a acostarnos.

ANFITRIÓN.- ¿Dónde te acostaste tú?

ALCMENA.- En la misma cama que tú, a tu lado, en el mismo dormitorio.

ANFITRIÓN.- Me has traído la ruina.

SOSIAS.- ¿Qué te pasa?

ANFITRIÓN.- Ésta me acaba de enviar a la muerte.

SOSIAS.- ¿Y ahora por qué, amo mío?

ANFITRIÓN.- No me preguntes.

SOSIAS.- ¿Qué te pasa?

ANFITRIÓN.- ¡Pobre de mí, estoy perdido! porque, estando yo ausente, han violado a mi mujer.

ALCMENA.- Pero bueno, por Cástor, ¿por qué tengo que oír esto de ti, marido mío?

ANFITRIÓN.- ¿Qué yo soy tu marido? No me llames con un falso nombre, falsa.

SOSIAS.- La cosa no se aclara si es que resulta que, en efecto, éste se ha transformado de marido en mujer.

ALCMENA.- ¿Qué he hecho yo para que se me digan esas cosas por lo que he contado?

ANFITRIÓN.- ¿Tú misma cuentas lo que has hecho y me preguntas en qué te has equivocado?

ALCMENA.- ¿En qué te he faltado, si he estado contigo, con quien estoy casada?

ANFITRIÓN.- ¿Qué tú has estado conmigo? ¿Hay algo más atrevido que esta impúdica? Si te falta la vergüenza, tómala prestada.

ALCMENA.- Este delito del que tú me acusas no es propio de nuestro linaje. Si tú tratas de acusarme de desvergüenza, no me vas a coger.

ANFITRIÓN.- ¡Por los dioses inmortales! ¿Me conoces tú al menos, Sosias?

SOSIAS.- Más o menos.

ANFITRIÓN.- ¿Cené yo ayer en la nave en el puerto Pérsico?

ALCMENA.- Yo también tengo testigos que confirmen lo que yo digo.

SOSIAS.- No sé qué decir sobre este asunto a no ser que haya otro Anfitrión que, a lo mejor, estando tú lejos de aquí, se ha hecho cargo de tus asuntos y contigo ausente ha cumplido aquí con tu obligación porque lo del sustituto de Sosias ya era demasiado extraño, pero la verdad es que es más sorprendente eso de que haya un doble Anfitrión.

ANFITRIÓN.- No sé qué trilerero ha embaucado a esta mujer.

ALCMENA.- Juro por el reino del Rey Supremo y por Juno, la Matrona, a la que es justo que respete y tema sobremanera, que ningún mortal salvo uno ha unido su cuerpo al mío de modo que me haya convertido en impura.

ANFITRIÓN.- Me gustaría que eso fuera verdad.

ALCMENA.- Digo la verdad, pero en vano, puesto que no quieres creerme.

ANFITRIÓN.- Eres mujer, juras atrevidamente.

ALCMENA.- Puede ser atrevida la que no ha cometido ninguna falta y hablar a su favor con seguridad y valentía.

ANFITRIÓN.- Con bastante atrevimiento.

ALCMENA.- Como conviene a una mujer honesta.

ANFITRIÓN.- Lo demuestras sólo en tus palabras.

ALCMENA.- En lo que respecta a mí, no considero que sea una dote lo que se llama así, sino la honestidad y el pudor y el control del deseo, el temor de los dioses, el amor de los padres y la concordia familiar. Ser atenta contigo, generosa con las buenas personas y dispuesta a ayudar a las gentes honradas.

SOSIAS.- ¡Pues no que ésta, por Pólux, si lo que dice es verdad, va a ser la mejor y la más perfecta!

ANFITRIÓN.- Hasta tal punto me ha reafirmado que, en realidad, no sé ni quien soy.

SOSIAS.- En realidad eres Anfitrión, haz el favor de no permitir perderte a ti mismo según la costumbre, ya ves cómo se transforman ahora los hombres desde que hemos llegado del extranjero.

ANFITRIÓN.- Mujer, lo que es seguro es que no voy a pasar por alto este asunto sin haberlo investigado.

ALCMENA.- Por Pólux que lo harás para satisfacción mía.

ANFITRIÓN.- A ver qué te parece, respóndeme: ¿Y si traigo de la nave aquí a un familiar tuyo, a Náucrates, que ha venido junto conmigo en el mismo barco? Y si éste niega los hechos que tú dices que han ocurrido ¿qué considerarías lo justo para ti? ¿qué argumentas en tu defensa para que no te cueste el matrimonio?

ALCMENA.- Si he cometido un error, nada.

ANFITRIÓN.- De acuerdo. Tú, Sosias, llévate a esos esclavos adentro. Yo traeré del barco aquí conmigo a Náucrates.

SOSIAS.- Ahora que no hay nadie además de nosotros, dime la verdad, en serio ¿hay ahí dentro otro Sosias que se parezca a mí?

ALCMENA.- Aléjate de mí, digno esclavo de tu amo.

SOSIAS.- Me voy si tú lo ordenas.



ALCMENA.- ¡Por Cástor! Qué suceso tan extraño que agrade a mi marido culparme así, en falso, de un hecho tan grave. Sea lo que sea ya me enteraré por mi pariente Náucrates.



### ACTO III

#### ESCENA I

*(Júpiter)*

JÚPITER.- Yo soy ese Anfitrión que tiene como esclavo al Sosias que se convierte en el mismo Mercurio cuando le viene en gana. Vivo en el piso de arriba y, a veces, cuando quiero, me transformo en Júpiter. Pero en cuanto llego aquí, al momento, me transformo en Anfitrión y cambio mi vestimenta.

Ahora vengo en honor a vosotros para no acabar aquí esta comedia ya comenzada y, al mismo tiempo, he venido para traer ayuda a Alcmena a la que, siendo inocente, su marido acusa de adulterio, pues si se demanda algo de lo que yo mismo soy responsable a Alcmena, que es inocente, sea mía la culpa. Ahora yo me transformaré en Anfitrión como hice al principio y envolveré a la familia de éstos en el mayor de los engaños pero después, al final, sacaré todo a la luz y, en su momento, prestaré ayuda a Alcmena y haré que dé a luz, en un solo parto y sin dolores al hijo del que está embarazada de su marido y al que lo está de mí.

He ordenado a Mercurio que me siga inmediatamente por si tuviera que encargarle algo. Ahora hablaré con ella.

## ESCENA II

*(Alcmena, Júpiter)*

ALCMENA.- No aguanto más en esta casa ¡Mira que ser acusada por mi marido de adulterio, de falta de honestidad, de deshonor! Cuenta a gritos lo que ha sucedido para hacer como que no ha sucedido y me acusa de lo que no ha sucedido, ni yo he permitido en mi persona y piensa que me tengo que tragar eso de arriba abajo. Pues ¡por Pólux que no lo haré! y no voy a tolerar que se me acuse en falso de adulterio así que o lo abandono o él me da una satisfacción y me jura además que no debía haber dicho lo que me ha echado en cara a mí que soy inocente.

JÚPITER.- Lo que ella pide que se haga, he de hacerlo yo, si es que quiero recuperarla como amante bajo su techo. Puesto que lo que he hecho ha perjudicado a Anfitrión y hace un momento mi amorío le ha dado quebraderos de cabeza pues ahora su ira y sus maldiciones contra ella me alcanzan a mí, que también soy inocente.

ALCMENA.- Pero, ¡Mira por dónde! Ahí veo al que me acusa de falta de decoro y de honestidad.

JÚPITER.- Contigo quiero hablar, esposa ¿Por qué te das la vuelta?

ALCMENA.- Ése es mi carácter. Siempre he odiado mirar de frente a los enemigos.

JÚPITER.- ¿Cómo que enemigos?

ALCMENA.- Así es. Lo que digo es la verdad, a no ser que vayas a acusarme de que esto también lo digo en falso.

JÚPITER.- Tienes demasiado genio.

ALCMENA.- ¡Quítame las manos de encima! Lo cierto es que, si estuvieras cuerdo o fueras lo suficientemente inteligente con esa que tú vas diciendo que piensas que es una impúdica no tendrías una charla ni en serio ni en broma a no ser que fueras más tonto que el más tonto de los tontos.

JÚPITER.- Si yo lo he dicho, no lo eres más por eso, y no creo que lo seas y por eso he vuelto aquí para que me perdones pues nunca he tenido un pesar tan grande en mi ánimo como cuando me enteré que estabas enfadada conmigo. “¿Por qué lo dijiste?” me preguntarás. Te lo explicaré. Por Pólux que yo no creería nunca que tú eres una impúdica. He querido poner a prueba tus verdaderas intenciones, qué harías y cómo lo afrontarías, en realidad yo te he dicho antes esas cosas en broma, para reírnos un rato, si no pregúntale a Sosias.

ALCMENA.- ¿Por qué no traes contigo a mi pariente Naúcrates, a quien hace un rato dijiste que ibas a traer como testigo de que tú no habías venido aquí?

JÚPITER.- Si algo se dice de broma no es razonable que lo consideres en serio.

ALCMENA.- Yo lo que sé es lo que me ha dolido en el alma.

JÚPITER.- Por tu vida, Alcmena, te lo pido por favor, concédeme esta indulgencia, perdóname, no te enfades.

ALCMENA.- Yo con mi virtud he dejado esas palabras sin sentido. Ahora, puesto que no he cometido actos impuros, quiero mantenerme alejada de palabras impuras. Adiós. Quédate con tus cosas y devuélveme las mías ¿me proporcionas gente que me acompañe?

JÚPITER.- ¿Pero tú estás loca?

ALCMENA.- Si no lo haces, me iré sola, llevaré como compañera la Honestidad.

JÚPITER.- Espera. Juraré, del modo que tú quieras, que considero que mi esposa es honesta, si no cumplo el juramento entonces te ruego, Júpiter Supremo, que tú vuelques tu ira contra Anfitrión para siempre.

ALCMENA.- Ah, no, mejor que le sea propicio.

JÚPITER.- Confío en que así será pues el juramento que te he prestado es verdadero. Entonces ¿ya no estás enfadada?

ALCMENA.- No, ya no.

JÚPITER.- Haces bien, pues a los hombres en su vida les ocurren muchas cosas de este tipo: los atrapan los placeres y luego otra vez las tristezas, se interponen los enfados y se hacen las paces, pero si, por azar, sobrevienen discusiones entre ellos así como éstas nuestras y de nuevo llega la reconciliación, hay el doble de afecto entre ellos que antes.

ALCMENA.- Hubiera sido mejor que, desde el principio, hubieras puesto cuidado en no decirme cosas así pero, si me pides disculpas por ellas, lo sobrellevaré.

JÚPITER.- Ordena que me preparen los vasos sagrados para cumplir todas las promesas que hice en el ejército si volvía a casa sano y salvo.

ALCMENA.- Me encargaré de ello.

JÚPITER.- Llamad a Sosias, que venga aquí, que traiga a Blefarón, el que ha sido piloto en mi barco para que coma con nosotros, se va a quedar de piedra y sin comer cuando arrastre aquí a Anfitrión agarrado por el cuello.

ALCMENA.- Me pregunto qué hablará aquél solo consigo mismo en secreto y además abren las puertas, sale Sosias.

ESCENA III

*(Sosias, Júpiter, Alcmena)*

SOSIAS.- Aquí me tienes, Anfitrión, si te hago falta en algo, dímelo, cumpliré tus órdenes.

JÚPITER.- Sosias, me vienes a pedir de boca.

SOSIAS.- ¿Ya habéis hecho las paces? Me alegra y complace veros tranquilos y de tal modo debe un esclavo mostrarse adecuado a su dueño que, en consecuencia, él mismo debe estar como estén sus amos, debe asemejar su expresión a la de ellos, estar triste si los amos están tristes, reírse, si ellos están contentos, pero, anda, contéstame: ¿ya os habéis reconciliado?

JÚPITER.- ¿Te burlas sabiendo que lo que he dicho hace un rato era en broma?

SOSIAS.- ¿Que lo dijiste en broma? pues la verdad es que yo creía que era en serio y de verdad.

JÚPITER.- Me ha perdonado. Estamos en paz.

SOSIAS.- Es lo mejor que podía oír.

JÚPITER.- Iré dentro a cumplir con las promesas que hice a los dioses.

SOSIAS.- De acuerdo.

JÚPITER.- Tú llama en mi nombre al piloto, a Blefarón, para que venga del barco aquí y que, una vez terminado el acto religioso, coma conmigo.



SOSIAS.- Ya mismo estoy aquí, antes de lo que piensas.

JÚPITER.- Vuelve enseguida.

ALCMENA.- ¿Quieres algo más, que ya voy dentro a ocuparme de lo necesario?

JÚPITER.- Hablas como debes y, por tanto, como conviene a una esposa atenta. Ya están estos dos engañados, tanto el esclavo como el ama que creen que soy Anfitrión y se equivocan, pero bien. Ahora tú, Sosias divino, acude aquí (oyes lo que digo aunque no estés presente) ocúpate de mantener alejado de la casa a Anfitrión, cuando llegue; planéalo del modo que te parezca, quiero que lo burles mientras yo disfruto ahora con esta esposa prestada. Procura que todo esté controlado como tú sabes que a mí me gusta y asísteme mientras llevo a cabo el acto religioso.

#### ESCENA IV

*(Mercurio)*

MERCURIO.- Dejad paso y quitaos de en medio, retiraos de la calle y que no haya ningún hombre tan audaz como para ponerse en mi camino. Pues ¡por Hércules! ¿por qué me es menos lícito a mí, que soy un dios, amenazar a la gente si no se aparta, que a un esclavucho en las comedias? Él anuncia que ha atracado a salvo un barco o la llegada del amo anciano enfadado. Yo estoy obedeciendo un mandato de Júpiter, por orden de él me presento aquí ahora, razón

por la cual es más adecuado que se me dé vía libre y se aparten de mi camino. Mi padre me llama, yo le sigo, cumpliendo su encargo y su orden como conviene que se comporte un buen hijo con su padre, así soy yo con el mío. Como amante le hago de alcahuete, lo animo, lo ayudo, lo aconsejo, lo alegro. Si algo complace a mi padre, para mí es la mayor de las complacencias. Ahora hace el amor, es listo y hace bien puesto que da gusto a su deseo, lo que conviene que hagan todos los hombres con tal de que se haga de buena manera. Ahora mi padre quiere que burle a Anfitrión y éste será burlado estupendamente y ahora mismo, espectadores y vosotros lo vais a presenciar. Voy a coger una corona y me la pondré en la cabeza, haré como que estoy borracho y me subiré ahí arriba. De allí, de lo alto alejaré a ese hombre a las mil maravillas cuando llegue aquí. Lo pondré chorreando, aunque no haya bebido una gota. Después, de inmediato, su esclavo Sosias sufrirá el castigo. Lo acusará de haber hecho lo que haré yo aquí ¿y a mí qué me importa? Yo lo que tengo que hacer es que mi padre se sienta complacido y me corresponde servir a sus intenciones. Pero ahí está Anfitrión que llega. A éste lo vamos a engañar ahora mismo, si queréis ayudarme prestando atención. Iré dentro, cogeré lo que es necesario para disfrazarme y después subiré al techo y lo interceptaré desde ahí.

## ACTO IV

### ESCENA I

*(Anfitrión)*

ANFITRIÓN.- Náucrates, con quien quería encontrarme, no estaba en el barco y no encuentro a nadie que lo haya visto ni en su casa ni en la ciudad. Me he arrastrado por todas las calles, gimnasios y perfumerías; estoy cansado de preguntar por la plaza del comercio y en el mercado, en la palestra y en el foro, en las consultas de los médicos, en las barberías y por todos los templos: no encuentro a Náucrates por ninguna parte. Ahora iré a casa y seguiré preguntando a mi mujer sobre el asunto en cuestión, sobre quién ha sido el culpable de llenar su cuerpo de impudicia. Pues, en cuanto a mí, mejor muerto que pasar hoy por alto este asunto sin aclararlo. Pero han cerrado las puertas ¿No te fastidia? ¡Ya estamos igual que antes! Llamaré a la puerta ¡Eh abrid! ¿Hay alguien ahí? ¿No hay nadie que abra esta puerta?

### ESCENA II

*(Mercurio, Anfitrión)*

MERCURIO.- ¿Quién está ahí en la puerta?

ANFITRIÓN.- Soy yo.

MERCURIO.- ¿Qué “soy yo”?

ANFITRIÓN.- El que te digo.

MERCURIO.- Júpiter y todos los dioses están encolerizados contra ti por destrozarse de ese modo la puerta.

ANFITRIÓN.- ¿De qué modo?

MERCURIO.- De modo que se aseguren de que pases tu vida como un desgraciado.

ANFITRIÓN.- ¡Sosias!

MERCURIO.- Eso es, soy Sosias, a no ser que pienses que se me ha olvidado ¿qué quieres ahora?

ANFITRIÓN.- ¡Maldito! ¿Que qué quiero? ¿Encima me vas a preguntar eso?

MERCURIO.- Pues sí, te lo pregunto, porque casi te cargas las bisagras de las puertas, so tonto ¿es que pensabas que nos las han proporcionado con fondos públicos, las puertas? ¿por qué me miras, estúpido? ¿qué es lo que quieres ahora? y ¿quién eres tú?

ANFITRIÓN.- ¡Sinvergüenza! ¿también me vas a preguntar quién soy, carne de latigazos? Por Pólux que yo hoy, por lo que has dicho, voy a hacerte arder a base de palos.

MERCURIO.- Has debido ser muy generoso en otro tiempo, en tu adolescencia.

ANFITRIÓN.- ¿Y eso por qué?

MERCURIO.- Porque ahora que eres un anciano me estás mendigando una desgracia.

ANFITRIÓN.- Para tu tormento pronuncias esas palabras, esclavo.

MERCURIO.- Te hago una ofrenda.

ANFITRIÓN.- ¿Por qué?

MERCURIO.- Porque te honro con una desgracia.

ANFITRIÓN.- Pues yo a ti te voy a honrar con la tortura y la horca, canalla.

*(A partir del verso 1034 sólo se conservan algunos fragmentos cuyo contenido se puede resumir en que continúa el cruce de amenazas e insultos entre Anfitrión y Mercurio. Después se produce el encuentro entre Anfitrión y Alcmena, que no da crédito cuando éste la vuelve a acusar de adulterio. Ella le reprocha que niegue todo lo que Júpiter le había dicho, haciéndose pasar por él. Aparece Júpiter, de nuevo transformado en Anfitrión que, a su vez, defiende que el adúltero es el otro. El enredo está servido.)*

### ESCENA III

*(Blefarón, Anfitrión, Júpiter)*

BLEFARÓN: Repartíos las culpas entre vosotros, yo me voy, tengo cosas que hacer y pienso que no he visto nunca en ninguna parte rarezas tan grandes.

ANFITRIÓN.- Blefarón, te lo ruego, ayúdame como intermediario y no te vayas.

BLEFARÓN: Adiós ¿Qué necesidad hay de que yo sea intermediario si no sé a cuál de los dos habría de asistir?

JÚPITER.- Yo me voy ahí dentro. Alcmena está de parto.

ANFITRIÓN.- Estoy perdido, pobre de mí ¿qué puedo hacer si ya me abandonan mis defensores y amigos? ¡Por Pólux que nunca se va a burlar más de mí impunemente ése, quienquiera que sea! Pues ahora mismo me voy derecho al rey y le contaré lo que ha pasado. Yo, Pólux, me vengaré hoy mismo de ese hechicero tesalio<sup>12</sup>, que con malas intenciones ha trastornado la mente de mi familia ¿Pero, dónde está? Por Pólux, se ha ido dentro, creo que para estar junto a mi esposa ¿Vive en Tebas alguien más desgraciado que yo? ¿Qué puedo hacer ahora, si todos me ignoran y se ríen de mí como les viene en gana? ¡Eso es! Irrumpiré en la casa y a cualquiera al que le eche la vista encima ya sea sierva o esclavo, esposa o adúltero, padre o abuelo lo haré pedazos allí dentro y no me impedirán ni Júpiter, ni todos los dioses, aunque quisieran, que actúe tal y como he decidido. Ahora mismo voy corriendo a la casa.

---

<sup>12</sup> Tesalia tenía fama por sus embrujos.

## ACTO V

### ESCENA I

*(Bromia, Anfitrión)*

BROMIA.- Las esperanzas y energías de mi vida yacen sepultadas en mi pecho y ya no queda ninguna confianza en mi corazón que no haya descartado. Todo, el mar, la tierra, el cielo, de tal modo parecen perseguirme que me siento ya oprimida, que me falta el aliento ¡pobre de mí! no sé qué hacer. Tantas cosas extrañas han acontecido en la casa ¡ay, qué desgraciada soy! Tengo el alma atormentada ¡Un poco de agua! Estoy destrozada y consumida, me duele la cabeza y no oigo, ni mis ojos ven lo suficiente. No existe mujer más desgraciada que yo ni ninguna que lo parezca más y todo por lo que hoy le ha ocurrido a mi ama, pues cuando se pone de parto, invoca a los dioses en su ayuda y ¡qué de repente, rápido y con fuerza resuena un estruendo, un crujido, un ruido, un trueno! Cada cual, en el sitio en el que estaba cae redondo con semejante escándalo. Allí no sé quién exclama con una voz poderosa: “Alcmena, tienes ayuda, no tengas miedo, ha llegado un protector del cielo propicio para ti y tu familia,

levantaos”, dice, “que habéis caído por el terror que os infundo, por el miedo” Del mismo modo que estaba tumbada en el suelo, me levanto, pensé que la casa ardía, de tanto como refulgía. En esa situación me llama Alcmena, al principio todo eso me llena de pánico, pero puede más la preocupación por mi ama, salgo corriendo para ver qué quiere y descubro que ella ha dado a luz a dos niños sin que ninguno de nosotros se hubiera dado cuenta de cuándo dio a luz, y sin prestarle ayuda.

Pero ¿qué es esto? ¿Quién es este anciano que está tumbado ante las puertas de la casa de esa manera? ¿Lo habrá golpeado Júpiter con su rayo? Eso creo, Pólux, pues, por Júpiter, está ahí como si estuviera enterrado o muerto. Iré y me enteraré de quién es. Anda, pero si es Anfitrión, mi amo ¡Anfitrión!

ANFITRIÓN.- Es mi fin.

BROMIA.- Levántate.

ANFITRIÓN.- Estoy muerto.

BROMIA.- Toma mi mano.

ANFITRIÓN.- ¿Quién me sujeta?

BROMIA.- Tu esclava Bromia.

ANFITRIÓN Vamos. Estoy lleno de pavor, de tal modo me ha trastornado Júpiter y es exactamente igual que si volviera del Aqueronte. Pero ¿por qué has salido aquí afuera?



BROMIA.- El mismo pánico nos ha sacudido de miedo en la casa donde tú vives, demasiados prodigios he visto ¡ay de mí! Anfitrión, por eso a mí aun ahora se me va la vida.

ANFITRIÓN.- Vamos, explícame ¿sabes que yo soy tu amo Anfitrión?

BROMIA.- Sí.

ANFITRIÓN.- Pero mírame ahora.

BROMIA.- Que sí.

ANFITRIÓN.- Ésta es la única de todos los de mi casa que tiene la cabeza en condiciones.

BROMIA.- Que no, al contrario, todos están perfectamente cuerdos.

ANFITRIÓN.- Pero mi esposa me tiene loco con sus actos deshonestos.

BROMIA.- Eso no es así, yo haré que tú mismo hables de otra manera, Anfitrión, que reconozcas que tu esposa es honrada y honesta. Te daré con pocas palabras pruebas y argumentos acerca de este asunto. Antes que nada: Alcmena ha dado a luz gemelos.

ANFITRIÓN.- ¿Gemelos dices?

BROMIA.- Sí.

ANFITRIÓN.- ¡Los dioses me protejan!

BROMIA.- Deja que te cuente para que sepas que todos los dioses os son propicios a ti y a tu esposa.

ANFITRIÓN.- Habla.

BROMIA.- Después que a tu esposa empezaron a aparecerle hoy los dolores en el vientre, como les suele pasar a las parturientas, empieza a invocar a los dioses para que le presten auxilio, después de purificarse las manos, de echarse el velo sobre la cabeza, de repente truena con un fortísimo estruendo; al principio pensábamos que tu casa se derrumbaba, toda ella refulgía como si fuera de oro.

ANFITRIÓN.- Te lo ruego, libérame de esto ya de una vez porque ya te has burlado bastante ¿qué pasa después?

BROMIA.- Mientras esto sucede, al mismo tiempo, ninguno de nosotros oyó a tu esposa ni quejarse ni llorar, así que lo cierto es que dio a luz sin dolor.

ANFITRIÓN.- Pues me alegro de ello aunque no ha hecho méritos para conmigo.

BROMIA.- Pasa por alto eso y escucha lo que te tengo que decir. Después de dar a luz, nos mandó lavar a los niños y empezamos a hacerlo, pero el niño que yo lavé ¡qué grande y qué fuerte es! y nadie pudo reliarlo en los pañales.

ANFITRIÓN.- Me cuentas cosas demasiado formidables, si son verdad me da la impresión de que,

por influencia divina, mi esposa ha tenido una gran ayuda.

BROMIA.- Ahora haré que las llames prodigiosas con más razón, después que se le puso en la cuna, bajan volando hacia el impluvio dos serpientes enormes con cresta; al momento levantan las dos la cabeza.

ANFITRIÓN.- ¡Ay de mí!

BROMIA.- No temas pues las serpientes pasan revista con sus ojos a todos los presentes, cuando divisan a los niños se dirigen a ellos rápidamente. Yo, temiendo por los niños y por mí empiezo a retirar y arrastrar la cuna hacia atrás y las serpientes a perseguirnos con mayor crudeza. Cuando aquel otro niño ve las serpientes pega un salto rápidamente de la cuna, las ataca directamente y las coge a cada una con una mano con una tremenda agilidad.

ANFITRIÓN.- Me cuentas prodigios, describes un hecho tremendamente terrorífico y el pánico se apodera de mis miembros a causa de tus palabras, pobre de mí ¿qué pasó después? Sigue contando.

BROMIA.- El niño mata a las dos serpientes, mientras sucede esto, le dice a tu esposa con voz clara...

ANFITRIÓN.- ¿Quién?

BROMIA.- El rey supremo de los dioses y los hombres, Júpiter. Éste dijo que él se había acostado, ocultando su identidad, con Alcmena y que el que había matado

aquellas serpientes era su hijo y dijo que el otro niño era tuyo.

ANFITRIÓN.- Por Pólux que no me ofende si se me permite compartir la mitad de mi bien con Júpiter. Ve a la casa, ocúpate de que se me preparen los vasos sagrados de inmediato para pedir la paz del supremo Júpiter, sacrificando muchas víctimas. Llamaré al adivino Tiresias y le consultaré qué piensa que debe hacerse y, de paso, le contaré lo que ha sucedido. Pero ¿qué es esto? ¡qué trueno más fuerte! ¡Dioses, os ruego vuestra protección!

## ESCENA II

*(Júpiter)*

JÚPITER.- Ten confianza. Aquí estoy para ayudarte, Anfitrión, a ti y a los tuyos. Nada hay por lo que debas temer, olvídalos a todos, a los profetas, a los adivinos. Yo te diré lo que ha sucedido y lo que va a suceder mucho mejor que ellos puesto que yo soy Júpiter. Lo primero de todo es que he disfrutado del cuerpo de Alcmena y como consecuencia de nuestra unión la he dejado encinta de un niño, igual que tú cuando partiste al ejército. Con un solo parto ha dado a luz a dos niños al mismo tiempo. Uno de ellos, el que ha sido engendrado por mi semilla, te llenará de gloria inmortal con sus actos. Tú vuelve a tu buena relación de siempre con tu esposa Alcmena: no se ha merecido

que por este motivo la acuses de perversión; ha sido seducida por mi poder. Yo me vuelvo al cielo.

### ESCENA III

*(Anfitrión)*

ANFITRIÓN.- Haré lo que me mandas y te ruego que conserves tu promesa. Iré dentro, junto a mi esposa. Haré que despachen al anciano Tiresias.

Ahora, espectadores, para honrar a Júpiter Supremo, aplaudid con ganas.





